

## X

El bar era un prisma perfecto, largo y angosto, como si se tratase de un colectivo de pasajeros pero sin ruedas y con el conductor sentado detrás de una barra ubicada contra una de las paredes laterales en vez de un volante. El frente del local estaba completamente vidriado y protegido por una persiana metálica que se accionaba manualmente y chillaba hasta hacer trinar los dientes más sensibles. Cuando el bar estaba abierto, desde el exterior del mismo se podía observar a través de los cristales casi todos los movimientos que se producían en el interior, siempre camuflados por la tenue luz que le otorgaba un tono lúgubre al ambiente como en aquel atardecer, con una temperatura bastante agradable por tratarse de finales de invierno, en el que Nico se acercó hasta el lugar para entrevistar a Eugenio González, apodado “Eucha”, quien pisaba los 40 aunque aparentaba sobrepasar esa edad. Quizás, esa impresión se debía a su excedida barriga, a que llevaba una camisa de vestir de mangas largas arrugada y colocada por afuera de sus pantalones y a que también habían pasado varios días desde su última afeitada al ras.

Así lo vio Nico cuando entró a ese bar sin marquesina y encontró a Eucha sentado en una banqueta de madera con las patas torcidas y ubicada junto a la barra, cuya base era de ladrillo visto y contaba con una mesada del mismo pino que los asientos y el resto del mobiliario del local, bastante escueto y gastado. Eucha tenía ambos codos apoyados sobre la madera húmeda junto a su vaso de fernet y el atado de cigarrillos de tabaco negro. Charlaba con el encargado parado detrás de la barra que parecía no escucharlo mientras mordía un escarba dientes. Amurado contra la pared, a la altura de la repisa que sostenía las botellas de distintas bebidas alcohólicas, se veía el televisor encendido y reproduciendo en pantalla el DVD de un viejo recital de rock

celebrado en un colmado estadio de fútbol, lo único que se alcanzaba a oír en un recinto en el que sólo había otros dos clientes que disputaban un partido de pool sobre una mesa de paño verde situada en la parte delantera, cerca de la vidriera. Si bien había más espacio libre en el fondo, junto a los baños, con la mesa de pool adelante se lograba dar la impresión de que había más actividad dentro del bar que la realmente existente. Sin embargo, y a pesar de ser jueves, día en que los trasnochados sedientos comenzaban a calentar motores para el raid las salidas nocturnas del fin de semana, este local siempre había sido así: poca concurrencia, casi exclusivamente masculina y conformada por los mismos vecinos del barrio.

Los clientes eran en su mayoría hombres adultos que encontraban en el bar una vía de escape a la rutina ubicada en cercanías a sus respectivos domicilios. Se llamaba “El Escondido”, aunque casi nadie se refería al mismo con ese nombre, y abría sus puertas sólo a partir de las 18 para recibir a los que regresaban de trabajar. Luego, cerraba cuando se iba el último borracho, ése que se ponía de mal humor y se negaba a volver a su casa a pesar de que ya no le quedaba dinero para un trago más.

Pero por sobre todas las cosas, el bar era el ineludible punto de encuentro para viejos amigos y conocidos. Si alguno de ellos se sentía solo, no necesitaba llamar a nadie, simplemente debía dirigirse al local y tendría con quien charlar un rato, compartir un trago o una partida de pool. Y en el peor de los casos, siempre se podía recurrir al encargado detrás de la barra que era, a su vez, el dueño y único empleado del lugar. La única ocasión en la que el propietario contrataba ayuda era durante el verano, cuando había que atender las mesas de plástico, con sombrilla y distribuidas en la vereda, por lo que para una persona recorrer esa distancia implicaba descuidar demasiado tiempo la caja con la recaudación.

-¿Acá seguimos estando dentro de la ciudad? –preguntó Nico, quien acababa de sentarse en la banqueta ubicada junto a la de Eucha luego de haber saludado al entrevistado con un apretón de manos.

-Geográficamente, no. Técnicamente, sí –respondió Eucha al tiempo que le pedía al encargado otro fernet-. ¿Qué tomas?

-Prefiero una cerveza –indicó Nico acomodando su morral sobre la mesada de la barra y del que extrajo su *tablet*.

-Entonces no me traigas el fernet, sino una cerveza de litro y dos vasos –pidió Eucha al encargado, quien le devolvió una mirada fruncida porque ya había comenzado a preparar el trago que le había solicitado anteriormente. Pero el cliente siempre tiene la razón, y en este caso, el cliente era su amigo, por lo que el *barman* no tardó en depositar la botella de cerveza y los dos *chopp* congelados sobre la barra.

-¿A qué se refirió antes con eso de geográficamente sí, pero técnicamente no?

-Tuteame, por favor. Sino, me siento un viejo de mierda, ¡jjajá!

-Está bien.

-Decime Eucha, si querés, todos me llaman así por acá. Desde que era chico – señaló el entrevistado, en cuyo rostro se dibujaba una sonrisa y las mejillas se veían rosadas, al igual que la nariz redonda, como de payaso.

-No hay problema, Eucha –asintió Nico levantando su *chopp* y promoviendo un brindis.

Tras el inconfundible *¡clink!* producido por el choque del vidrio húmedo, Eucha bebió un largo sorbo de su cerveza y comenzó a responder las primeras inquietudes del entrevistador que, por su parte, aun no había iniciado la grabación de la charla.

-Estamos en el barrio La Estancia, que pertenece a Roca Negra Capital a pesar de que queda afuera de lo que comúnmente se conoce como los límites de la ciudad.

-Entonces nos encontramos en la periferia.

-Sí, pero no llega a ser un distrito independiente como otros de la Región Metropolitana.

-Es como si fuera el patio de la casa que vendría a ser la capital.

-Algo así.

En realidad, La Estancia era una zona antiguamente compuesta por los campos de los históricos terratenientes de la provincia de Roca Negra que hicieron una fortuna con la cría de ganado y la agricultura. Luego, con el paso de muchos y conflictivos años y el desarrollo industrial, acompañado del largo crecimiento urbano, el barrio se convirtió en un típico conglomerado de inmuebles bajos pero sin dejar de lado los espacios verdes, cuya presencia era predominante en todos los rincones, ya sea en las viviendas particulares como en el ambiente público. Así, fueron desapareciendo los campos y se pobló de personas que trabajaban en las distintas empresas de la ciudad capital, especialmente dedicadas a los servicios.

Según explicó Eucha, se trataba de un lugar tranquilo, con una población compuesta, en su mayoría, por personas de clase alta, aunque en el último tiempo “bastante venida a menos”.

Uno de los sitios preferidos de los vecinos de La Estancia era el extenso terraplén junto a las vías del ferrocarril que servía para disputar interminables picados de fútbol. De niño primero, y de adolescente después, Eucha había cobrado popularidad en el barrio al destacarse en esos partidos informales. Llegó a ser considerado el mejor jugador del club local, el único en varios kilómetros a la redonda con cancha de césped sintético, pero él nunca quiso abandonar el amateurismo porque no le gustaba el rigor de los entrenamientos de las entidades profesionales. Y a medida que fue creciendo se

inclinó más a salir de noche, beber y acostarse tarde, que a la competencia seria. Ahora, de grande, seguía con una agenda similar.

Al caer la tarde, cuando regresaba de la oficina en su auto, en vez de pasar primero por su casa, Eucha iba directamente al club a jugar a las cartas y/o a la paleta, por plata en ambos casos. No eran grandes apuestas, sólo sumas menores, pero si uno atravesaba una mala racha, esas cifras se adicionaban y podían llegar a afectar el bolsillo y la economía doméstica al punto de llegar a fin de mes con los números en rojo.

Pero los vicios suelen ser así, caros; y Eucha los compartía con hombres mayores que él, una costumbre que había mantenido desde adolescente. Y de esa manera le quedaba poco tiempo para estar en pareja, por lo que directamente prefería estar solo o, al menos, eso decía él.

Nico creía haber descifrado esta conducta en el entrevistado, no porque compartiese los mismos gastos que aquel, sino porque sabía por sus amigos afectos a la noche lo que costaba, a diferencia de cuando él salía de cacería nocturna, la entrada a un boliche, un trago en un bar de moda en pleno centro de la ciudad o invitar a una mujer una cena en un restorán elegante en las primeras citas. Ni que hablar de un turno en un hotel alojamiento.

Por su parte, Eucha, después de jugar y tomar unos tragos con sus compañeros y rivales del club, iba a bañarse a su casa, situada a pocas cuadras, cenaba con su madre que lo esperaba con la comida hecha y luego partía hacia El Escondido, situado en la esquina del club, en una calle cortada que desembocaba en el terraplén ferroviario, donde se pasaba varias horas con las manos ocupadas por un vaso de fernet o un taco de pool.

-Este es un bar prácticamente exclusivo de hombres.

-Me doy cuenta –asintió Nico echando un vistazo a su alrededor-. Sólo se escuchan charlas sobre mujeres y fútbol.

-Muchas veces nos juntamos a ver algún partido importante, por la Copa. Y si no hay ninguno, el dueño pone una película de acción.

-Un programa bien masculino.

-Y sí. Igualmente, no siempre fue así. Antes había parejas y se podía hablar de política pero ahora, como es bastante fácil pelearse, incluso con un amigo de toda la vida, el dueño directamente prohibió hablar de ese tema; y de religión.

-Ajá.

-Lo mismo pasó con las apuestas. Antes, se podía jugar a las cartas y al pool por plata, pero hubo algunas peleas fuertes, así que eso se terminó también.

-¿Ah, sí?

-Sí. Sólo se pueden apostar fichas de pool.

-¿Y las cartas?

-Como ya no se puede apostar plata, nadie juega.

-Claro.

-Perdió la gracia.

-Seguro.

-Y esas peleas también fueron ahuyentando a las mujeres, por lo que sólo quedamos los viejos clientes y algún muchacho perdido que se acerca de tanto en tanto. Pero no duran mucho porque no tienen efectivo y no les dejan abrir una cuenta corriente.

-Hay que tener una trayectoria como la tuya para lograr abrir una cuenta, ¿no? -  
Nico le guiñó un ojo a Eucha, quien le devolvió una risotada exageradamente húmeda ya que varias gotas de su trago brotaron por su boca.

A su vez, El Escondido no ofrecía demasiado al consumidor ya que su cocina sólo constaba de una plancha que funcionaba detrás de la barra y en la que el mismo dueño preparaba hamburguesas que, sumados a algún *snack*, saciaban los estómagos necesitados de algo sólido para compensar los líquidos. También había una cafetera y la olla eléctrica para los panchos. Nada más. Si alguno de los clientes pretendía otra comida debía dirigirse al club de mitad de cuadra, donde el menú era un poco más amplio: había pizzas y empanada.

A simple vista, este bar podía parecer un local de mala muerte –tenía dos *toilettes* mugrientos, uno para hombres y otro para mujeres, aunque si el primero estaba ocupado, un cliente urgido utilizaba el segundo- pero había tenido su apogeo años antes cuando supo ser el centro de reunión por excelencia de todos los vecinos del barrio que salían a celebrar la Navidad y el Año Nuevo.

En aquella época dorada, el local abría sus puertas después de la medianoche y decenas de clientes cortaban la calle para beber y bailar entre conocidos. Pero el éxito de esas fiestas derivó en el arribo de grupos de extraños provenientes de otros puntos de la periferia de la Capital Provincial como, por ejemplo, el nuevo barrio Capitán Klinec, nombrado en honor al fallecido ex presidente del país y construido por el Poder Ejecutivo a cargo de la viuda del difunto líder político.

Este barrio constaba de casas bajas, hechas con los materiales de mala calidad - el dinero de los créditos que otorgaba el gobierno no alcanzaba para algo mejor- en unos terrenos fiscales que habían pertenecido al ferrocarril, por lo que su construcción trajo ciertos beneficios urbanísticos a la ciudadanía en general como calles de asfalto, luminarias, veredas, entubamiento de zanjas y arroyos, y hasta una avenida doble mano y con viaducto y también llamada “Capitán Klinec”.

-El problema fue que la mayoría de los jóvenes de ese barrio no trabajaban ni estudiaban, vivían de planes asistenciales oficiales y vagaban por las calles agitando las banderas partidarias y enfrentándose con todo aquel que criticaba a la Presidenta.

-Unos fanáticos –acotó Nico atento.

-Exacto. Y en La Estancia comenzaron a producirse incidentes porque la mayoría de los vecinos estamos en desacuerdo con la Presidenta, sobre todo, por los últimos años de medidas populistas que cambiaron radicalmente nuestro estilo de vida – Eucha hizo una pausa para refrescar su garganta con un poco de cerveza-. Y no me refiero a lo material, ¡eh! Me refiero a vivir tranquilos, sin tanta agitación ni discusiones, ¿me explico?

-Perfectamente.

-Porque, de hecho, a mí me fue mucho mejor con ella que con los anteriores gobiernos.

-Como a mucha gente.

-Seguro. Pero una cosa no quita la otra.

-Pero, lamentablemente, no todos lo ven de esa forma.

-Y sí.

En ese marco, las fiestas frente al Escondido comenzaron a ser cada vez más numerosas y la convivencia entre distintos grupos de jóvenes que no se conocían entre sí se tornó violenta, potenciada por el excesivo consumo de bebidas alcohólicas. Por eso, Eucha opinaba que no sólo cuando se bebía la mezcla hacía mal.

Lo cierto es que, según éste, cada Navidad y Año Nuevo, algún vecino de La Estancia terminaba en el hospital local con la cabeza rota por un botellazo o en la comisaría por haber participado de una riña con lesionados. Ni siquiera la presencia policial que fue en aumento pudo aplacar los ánimos. A esto se le sumaron ataques



vandálicos y robos al Escondido perpetrados por los inadaptados que pescaban en el río revuelto, a raíz de lo cual, el dueño del bar decidió cerrar sus puertas para la fiestas. Y esto derivó en que los vecinos como Eucha dejaran de reunirse frente a su bar preferido y lo hicieran en alguna casa particular, ya sea de un amigo o familiar. Pero esto no era lo mismo porque el festejo se reducía en espacio y concurrencia, y perdía esa esencia de bailar en el medio de la calle hasta la salida del sol.

Así acabaron los años felices de La Estancia, donde los vecinos mayores, que no eran empresarios millonarios sino profesionales de carrera que habían tenido éxito en décadas anteriores, intentaron cerrar el barrio, como si fuese un *country*, y aislarse de los habitantes de Capitán Klinec. Pero el municipio no se los permitió, por lo que la convivencia continuó siendo conflictiva y esto derivó en la mudanza de muchos vecinos originarios al centro de la Capital Provincial.

En tanto, los jóvenes de Capitán Klinec siguieron reuniéndose en cada Navidad y Año Nuevo frente al Escondido y cortaban la calle con sus autos en los que cargaban heladeras portátiles con bebidas alcohólicas y los parlantes vibraban con las más recientes canciones de la movida tropical.

-Fue la propaganda política la que nos arruinó la fiesta –opinó Eucha poniéndose de pie y encarando hacia la vereda.

-¿Te parece? –preguntó Nico dejando su *chopp* sobre la mesa y siguiendo de cerca los pasos del entrevistado que al llegar a la vereda se encendió un cigarrillo ya que el bar era libre de humo, como todo el territorio provincial. Y si bien en otros locales no se respetaba esa ordenanza, el dueño del Escondido era bastante estricto, incluso con sus amigos, ya que no quería tener que pagar una multa.

-Acá fue tremendo. Parecía la propaganda nazi.

Nico meneó la cabeza en silencio y sintió que la cerveza ya le había aflojado un poco las piernas.

-Y a diferencia de muchos otros, yo no estoy dispuesto a mudarme de mi vecindario por culpa de este enfrentamiento sin sentido.

-Es absolutamente entendible.

-Y ya viví en la capital durante un tiempo y prefiero quedarme acá –Eucha extendió ambos brazos hacia los costados, a la altura de los hombros y dio un giro como trompo, sobre su posición.

-Y contame un poco de tu vida acá, no la actual, sino la de la buena época – indicó Nico una vez que el entrevistado dejó de moverse y ambos volvieron a cruzar sus miradas.

-Mirá, entre los veinte y los veinticinco años estuve de novio con una mina del barrio, Julieta, quien había sido compañera mía de colegio, por lo que nos conocíamos desde muy chicos –arrancó Eucha una vez que se sentó sobre un tronco de los habitualmente utilizados para el alumbrado público pero que colocado en la vereda también servía de banco ya que lo sostenían dos patas de hormigón y sendas agarraderas de hierro.

-¿Fue tu primera novia?

-Digamos que la primera y la última.

-O sea, la única.

Eucha movió ligeramente la cabeza hacia arriba y abajo en un gesto de afirmación y luego exhaló una larga bocanada del humo de su cigarrillo dibujando pequeños círculos grisáceos que rápidamente se disiparon en el fresco aire nocturno.

-¿Y por qué no volviste a estar en pareja?

-No lo sé con exactitud -Eucha se encogió de hombros, resignado-. Sé que tuve una etapa en la que no quise volver a tener una novia y otra, más tarde, en la que no me animé.

-Suele suceder después de una ruptura dolorosa. ¿La tuya con Julieta fue así?

-Digamos que sí, porque ella fue la que me dejó cuando yo la seguía queriendo, a pesar de todos los problemas y discusiones que teníamos.

Nico era un convencido de que todas las parejas de novios tenían problemas. Siempre había etapas de un alto nivel de conflictividad a las cuales enfrentar y que en muchos casos no llegaban a terminar sino que bajaban su intensidad hasta pasar desapercibidas por un tiempo aunque ante el menor incidente -en ocasiones sin vínculos con el que había originado la discordia inicial- podían resurgir con más fuerzas que antes.

-La verdad –continuó Eucha- es que cuando estaba de novio con Julieta yo estudiaba poco, trabajaba menos y salía más de noche con mis amigos. O sea, una combinación poco satisfactoria para cualquier mujer. Encima ella era especial, diferente a la mayoría de las chicas de La Estancia, ya que se crió en una familia demasiado conservadora que se quejaba permanentemente del barrio y aspiraba mudarse a un lugar más de elite, tipo Primer Mundo.

-Bue... -balbuceó Nico.

-Un delirio total. Sin embargo, Julieta siempre tuvo en la cabeza el objetivo de irse a vivir al exterior y en base a eso organizó sus estudios universitarios y sus trabajos.

-Una visión distinta a la tuya, podría decirse.

-Absolutamente. Por ejemplo, ella trabajaba todo el día en una empresa multinacional y cursaba de noche en la Facultad y pretendía que yo hiciera lo mismo- indicó Eucha comenzando a caminar hacia el interior del bar.

-¿Y tus planes cuáles eran? -Nico caminaba a la par del entrevistado que arrojó la colilla humeante de su cigarrillo sobre la vereda y se detuvo a pisarla con fuerza, tras lo cual retomó el paso hasta que ambos volvieron a quedarse sentados en las banquetas junto a la barra del interior del bar.

-En esos años yo no encontraba mi vocación. No me gustaba ir a la Facultad y como vivía y trabajaba con mis padres no necesitaba demasiada plata.

-¿De qué trabajabas?

-Mis padres tenían una librería, todavía la tienen, y yo la atendía medio día porque nos turnábamos.

-¿Y el resto de tu tiempo?

-Dormía, estaba en el club, con mis amigos....

-Lo que, imagino, disgustaba a Julieta.

-Ella no tanto. Peor se ponía su familia.

-Claro.

-Los padres le llenaban la cabeza hasta que llegó un día en que ella me dijo que no quería seguir con la relación porque necesitaba estar con un profesional.

-¿Entonces?

-Entonces decidí tomar más clases en la Facultad y buscar un trabajo de jornada completa que tuviera que ver con mis estudios. Así que pasé menos tiempo en el club y en el bar, y conseguí un puesto en la oficina de un despachante de Aduanas en la Capital Provincial.

-¡Bien! -exclamó Nico, quien había olvidado reiniciar la grabación de la entrevista aunque a estas alturas, y a pesar de la cerveza, confiaba en que su memoria iba a hacer todo el trabajo-. ¿Y cómo reaccionó Julieta?

-Al poco tiempo que se enteró de los cambios que había producido volvimos a estar de novios pero esa mina se había vuelto insaciable y no había nada que la dejara satisfecha por completo.

-Como la gran mayoría de las mujeres...

-Sí, pero esta no me dejaba pasar una.

-¿En qué sentido?

-Es que con tanto trabajo no me quedaba mucho tiempo para estudiar y muchas veces ni siquiera llegaba a cursar, por lo que empecé a darle menos importancia a la Facu y me concentré en la oficina, donde me pagaban bastante bien y me gustaba.

-Evidentemente, lo tuyo no era el estudio.

-¡No, para nada! Nunca me gustó estudiar, ni en la escuela. Y, sin embargo, era un buen alumno, con calificaciones altas.

-Mirá vos. Eso quiere decir que sos un tipo inteligente -remarcó Nico sin poder dejar de pensar en el potencial desperdiciado durante años por el entrevistado, situación que a éste parecía no importarle aunque intuía que Eucha no podía negar que esa fuese su gran deuda pendiente, especialmente consigo mismo.

-Ahí finalmente me di cuenta de que el verdadero problema para Julieta era mi profesión

-Aquella frase de que necesitaba un profesional, ¿no?

-Claro. Pero yo la entendí un poco tarde.

-Más vale tarde que nunca.

-En este caso no. Porque ella estaba planificando su futuro, con matrimonio, casa e hijos, y demandaba un aporte mayor de mi parte para poder alcanzar todos esos objetivos, o por lo menos organizar la forma de lograrlos, ¿me explico?

-Perfectamente.

-Una mina muy estructurada.

-Sí, veo.

-En fin, seguí intentando complacerla e invertí todos mis ahorros en la compra de un auto para poder viajar en menos tiempo desde el trabajo a la Facultad y de ahí a mi casa o al departamento que ella alquilaba junto a su hermana menor en la Capital.

-¿Y funcionó? Digo, al menos por un tiempo.

-Sólo al principio porque ella probablemente hubiese querido que yo, en vez de invertir en un auto, gastara la plata en alquilar un departamento para los dos, así yo no tenía que viajar tanto y podíamos pasar más tiempo juntos. Pero no lo hice.

-¿Por qué?

-Porque en ese momento no me interesaba vivir en la ciudad y mucho menos la convivencia.

Y claro, si se mudaba no iba a poder pasar sus ratos libres con sus amigos en el club ni en el bar, pensó Nico al tiempo que observaba como el rostro de Eucha no evidenciaba un sólo indicio de culpa, arrepentimiento o reproche.

-¿Y cómo terminaste viviendo en la ciudad si te costaba tanto abandonar este barrio?

-Bueno, Julieta no tardó mucho en volver a dejarme, así que como último recurso para recuperarla, tomé coraje y alquilé un departamento en pleno centro, a mitad de camino entre el trabajo y la Facultad, pero para mí solo.

-... -Nico hizo un gesto de negación con la cabeza.

-Sí, ya sé. Con eso lo terminé de arruinar.

-No me quiero imaginar cuál fue la reacción de Julieta.

-Simple: se pudrió todo.

-¿De qué manera?

-Y... hubo discusiones permanentes acerca de que yo prefería vivir solo, que no iba a cambiar nunca, etc.

-Ajá.

-Yo traté de explicarle que antes de vivir juntos quería hacerlo solo porque era algo nuevo para mí. Pero ella pensaba que lo único que me interesaba era tener un departamento solo para invitar a mis amigos y a otras minas.

Típico, evaluó el entrevistador que permaneció callado, escuchando con detalle a Eucha.

-Y en cuestión de días las peleas se tornaron cada vez más violentas y, si bien no hubo golpes ni amenazas, sólo algunos insultos, siempre terminaban cuando ella me echaba de su departamento y yo agarraba el auto y me volvía al barrio.

-¡Qué cagada, che! —expresó Nico mientras que Eucha miró al encargado, quien se encontraba detrás de la barra y ajeno a la conversación ya que conocía aquella historia de memoria, y pidió otra cerveza.

Después de una pausa en la que bebieron un par de tragos, el entrevistado contó que la ruptura con Julieta fue inevitable y definitiva, lo que le provocó una gran depresión, y esto derivó en un sensible aumento de sus salidas nocturnas que pasaron de producirse de jueves a domingo a todos los días. Y no siempre recurrió a sus amigos -la gran mayoría de ellos estaban en pareja- sino a cualquier conocido que estuviese disponibles.

-Me excedí con las bebidas alcohólicas y las comidas, así que aumenté mucho de peso -Eucha se palmeó su abultada barriga haciendo resonar el contacto de su piel gruesa contra la tela de su camisa-. Y a pesar de que me volví lento en las canchas de fútbol no me preocupé demasiado por mi salud ni por la estética.

-¿Nunca intetestaste con alguna dieta o al menos un poco de control sobre la bebida?

-Lo único que hice fue cambiar el fútbol por la paleta porque se corre menos y así podía jugar más veces por semana.

-¿Ah, sí? Yo nunca jugué más que en la playa así que no sé cómo se ejercita el cuerpo.

-Se usa mucho la fuerza del tren superior, principalmente. Y eso te ayuda a tonificar los músculos de los brazos, por ejemplo.

-¿Y el resto de tus cosas? ¿El trabajo? ¿La Facultad?

-Con el trabajo seguí sin problemas pero la Facu la abandoné definitivamente.

-Para poder tener las noches libres...

Eucha miró a Nico y alzó los hombros, tras lo cual explicó:

-Lo que pasó también fue que dediqué más horas a la oficina y al salir tarde no llegaba a cursar, ni siquiera en auto.

-Entiendo ¿Y qué te dijeron tus padres cuando abandonaste los estudios?

-No mucho porque en esa época se estaban separando y mi situación quedó en un segundo plano.

-Me imagino -Nico bebió el último trago de su cerveza, en tanto que Eucha mantuvo la vista clavada en el vidrio húmedo de su *chopp*-. ¿Fue una separación conflictiva?

-Muy. Y si bien ellos venían mal desde hacía mucho tiempo, mi mamá no lo pudo soportar y creo que hasta el día de hoy no lo hizo.

-Para las mujeres de esa generación suele resultar un asunto extremadamente doloroso, no sólo porque dejan de sentirse queridas, sino porque desde muy jóvenes consideraron la separación marital como algo inconcebible.



-Bueno, creo que esa forma de pensar es la que muchas veces mantiene a una pareja unida a pesar de que ya no se quieren más.

-Cierto.

-En fin, mi mamá se enfermó, así que yo pasaba todo el fin de semana en el barrio para hacerle un poco de compañía. Pero al poco tiempo mi hermano se casó y se fue a vivir con su mujer, por lo que decidí dejar de alquilar el departamento en la ciudad y volver a vivir a la casa de mis padres.

-¿Y tu papá?

-Al comienzo de la separación durmió en mi cuarto hasta que pudo alquilarse un dúplex a unas cuadras. Y sigue ahí hasta hoy.

-¿Cuál fue tu reacción ante toda esa situación? Debió ser una experiencia muy dura.

-Traté de acompañar a mi madre lo mejor posible pero ella no pudo superar nunca la depresión, la que le trajo una serie de problemas físicos que se fueron agravando con los años. Así que terminé haciéndome cargo de todo: los impuestos, las tareas domésticas, al punto que me convertí en el hombre de la casa, por decirlo de alguna manera.

-¿No volviste a vivir solo?

-No, no. Quizás me habría mudado si hubiera vuelto a estar en pareja...

-Pero todavía estás a tiempo de lograrlo.

-No sé. Creo que ahora es más factible que mi mamá se mude con alguna de sus hermanas mayores y me deje la casa sola para mí.

La vida de Eucha había transcurrido en aquel escenario sin marcadas modificaciones hasta que un año antes de la entrevista con Nico, cuando se produjo un

hecho que, literalmente, lo volteó de cabeza para siempre. Este drástico cambio se debió a un accidente vial ocurrido cuando él, un amigo suyo de la infancia y la novia de éste se dirigían al centro de esquí de Cerro Alto, en el sur provincial, a pasar las vacaciones de invierno.

En esa oportunidad, Eucha conducía el auto de su amigo, que estaba sentado como acompañante mientras que la chica iba en la parte trasera. En una curva de la ruta, el vehículo mordió la banquina -ya transitaban por terreno pedregoso por lo que abundaban las rocas de distintos tamaños- y dio varios tumbos. Como el amigo de Eucha y su novia no llevaban los cinturones de seguridad colocados salieron despedidos del habitáculo y golpearon violentamente contra el suelo.

La chica agonizó varias horas y finalmente murió en el hospital más cercano al lugar del accidente a pesar de haber sido atendida por los médicos. En el mismo centro asistencial, el amigo de Eucha permaneció internado en grave estado por varias semanas en las que fue intervenido quirúrgicamente por una severa lesión en la espalda. Mientras que el conductor, el único que llevaba puesto el cinturón de seguridad colocado, no sufrió un solo rasguño.

Eucha no se movió del hospital -otros compinches de La Estancia también viajaron hasta el centro asistencial para brindar su apoyo- hasta que su amigo fue derivado a una clínica privada de la Capital Provincial donde comenzó con su rehabilitación, aunque nunca pudo volver a caminar.

“He manejado borracho infinidad de noches pero esta vez era mediodía y estaba híper lúcido. Fue un accidente. Y si ellos hubieran tenido los cinturones puestos no pasaba nada porque no íbamos tan rápido”, explicó infinidad de veces el propio Eucha, quien estuvo imputado por homicidio culposo y lesiones culposas en una causa en la que debió declarar en reiteradas ocasiones hasta que el expediente fue finalmente

archivado, gracias a que la familia de la joven fallecida no se presentó como particular damnificado para acompañar la acusación del fiscal.

Si bien su amigo y la familia de la novia de este no responsabilizaron a Eucha, éste no pudo evitar sentirse culpable y avergonzado al punto que ya no pudo volver a compartir tiempo con su viejo amigo porque cada vez que lo veía postrado en una silla de ruedas recordaba todo lo sucedido y se quebraba. Lo que llamó la atención de Eucha fue que en ocasiones, su amigo parecía estar mejor de ánimo que él, y esto lo llevaba a preguntarse de dónde sacaba tanta fuerza para seguir adelante y no perderse ni una sola sesión de kinesiología a pesar de que los médicos le decían que las chances de volver a caminar era prácticamente nulas.

El accidente fue un golpe tremendo para el ánimo de La Estancia, en cuyas calles se habló del tema durante mucho tiempo, en especial, dentro del Escondido, donde Eucha volvió a pasar la mayor parte de su tiempo libre. Allí se hizo amigo de “La chancha” Juan, quien atendía un pequeño local de venta de ropa para bebés ubicado a un par de cuadras del bar y cada tarde, después de cerrar su comercio, iba a tomarse unas copas.

-La chancha tenía como *hobby* preferido ir a pescar al Miti-Miti y empecé a acompañarlo. Él pescaba mientras yo preparaba el asado en la orilla –recordó Eucha en su entrevista con Nico.

-¿No te interesaba pescar?

-No. Yo sólo iba para alejarme un poco de todo y despejar la mente. La chancha me llevaba y traía en su auto, y me dejaba cargar la parrilla en el baúl.

-Ajá.

-Nos íbamos todo el sábado y, a veces, cuando había mucho pique, armábamos la carpa y nos quedábamos hasta el domingo.

-La pasabas bien, entonces.

-Sí, re bien. A mi nunca me había gustado la pesca pero con el tiempo me fui dando cuenta de que es una muy buena excusa para pasar un largo rato tranquilo y en silencio, y eso te permite pensar un poco mejor.

-Claro.

Nico conocía muy bien cómo la diferencia entre el ambiente de la ciudad y el del río podía afectar el estado de ánimo de cualquier persona, pero al mismo tiempo sabía con suma certeza que el aire fresco del Miti-Miti no producía ningún milagro, al menos por sí solo.

-Y la mejor parte era que cuando volvíamos de un buen día pesca, en la semana nos juntábamos con los muchachos en el club y la chancha cocinaba unos pejerreyes deliciosos.

-¡Que rico!

-No te das una idea de lo sabroso que estaban. Y eso que el pescado no es una comida que me agrada mucho. Prefiero la carne roja.

-A mi me encanta -expresó Nico excitado por los recuerdos de su infancia y adolescencia junto al río-. ¿Y cómo los cocinaba?

-A veces a la parrilla y otras al horno. La verdad, que la chancha debería haber sido *cheff* más que vendedor de ropa para bebés.

-¡Uy, que ganas me dieron de comerme un pejerrey!

Nico sentía debilidad por el pescado al horno. Su padre solía filetearlo y dorarlo en aceite de oliva y manteca. Después retiraba el pescado y lo colocaba en una asadera mientras que con el aceite salteaba unos morrones y cebollas. Luego, volcaba esa mezcla encima del filete, lo bañaba con jugo de limón y después de unos 25 minutos de

cocción moderada lo rociaba con perejil picado y lo servía con papas fritas y cerveza.

Un verdadero manjar.

-Y te vas a quedar con las ganas porque la chancha ya no va más a pescar... por lo menos al río.

-¿Eso se debe a tu incidente?

-Creo que sí. Ir al río lo lleva a pensar en lo que me pasó a mí y eso lo debe poner mal.

-Es entendible. Sobre todo si eran buenos amigos y compartieron muchos momentos en ese lugar.

-Pobre chancha... le cagué uno de sus lugares preferidos.

-Seguro que sabe que no lo hiciste a propósito.

-Obvio. Y, aunque no tanto como a él, a mi también me gustaba mucho ese lugar.

-¿Y por qué llegaste a ese punto? Digo, si era un sitio que te transmitía una energía positiva.

-Porque suelo dejarme llevar por ciertos impulsos. Me pasa con otras cosas también...

-Por ejemplo...

-Con la comida y la bebida me suele pasar seguido. A veces vengo a tomar algo al bar y sin darme cuenta me tomé seis fernet, uno tras otro. O me siento a la mesa y si algo me gustó me como tres platos. Hasta que me doy cuenta que no puedo ni hablar de lo borracho que estoy o siento que me va a reventar del estómago y paro, pero a esas alturas ya es un poco tarde.

-Pero estos dos ejemplos que mencionás son sobre cosas que te gustan. Y lo que ocurrió en el río no surgía de una idea placentera.

-No, es cierto. Pero debo admitir que era un pensamiento que rondaba por mi cabeza desde hacía bastante tiempo.

-¿Desde el accidente?

-Quizás desde antes. Pero a partir del accidente se volvió más recurrente y costaba dominarlo.

-¿Tuviste algún otro intento antes?

El rostro de Eucha se ensombreció, como si hubiese ocultado debajo de una frondosa rama de uno de los tantos paraísos que adornaban La Estancia.

-Sí –Eucha apenas susurraba y Nico acercó su cabeza a la del entrevistado-. Una vez iba en mi auto hacia el sur para declarar en la causa por lo de mi amigo y al pasar por el lugar del accidente se me cruzó la idea de pegar un volantazo a alta velocidad. Estuve a punto a hacerlo.

-¿Y qué cambió en el río?

-No lo sé. Creo que fue un momento de debilidad extrema. Nada más que eso.

-Menos mal que estaba ese pescador, ¿no?

-A ese hombre le debo la vida.

Eucha probablemente no sabía, o quizás sí y no lo mencionaba, que los accidentes viales eran a nivel mundial la segunda causa de muertes superada únicamente por los suicidios. Y a pesar de que en las estadísticas la diferencia entre un tipo de muerte y el otro se achicaba cada vez más, el trato que se les daba públicamente y por separado era muy distinto.

Por un lado, abundaban las campañas, tanto oficiales como privadas, de concientización para evitar muertes en accidentes viales tránsito pero, por el otro, poco se hablaba de cómo prevenir y tratar los suicidios cuando este tipo de hechos no sólo afectaban al que se quitaba la vida –se calculaba que ya había un millón de víctimas al

año en todo el mundo- sino a un promedio de seis personas, entre familiares y amigos del fallecido, por lo que los perjudicados sumaban seis millones de personas, una cifra equivalente a toda la población de Roca Negra Capital.

Ya era la hora de cenar y en el interior del bar no quedaba nadie más. Eucha y Nico acababan de finalizar la entrevista y estaban de pie junto a la puerta de entrada. “Lo único que te pido es extrema reserva porque muy pocas personas saben lo que hice. Sólo mis amigos más cercanos y mi hermano. Ni siquiera mi mamá lo sabe porque la mataría de un infarto”, dijo el primero mientras encendía un nuevo cigarrillo y hacía un bollo con el paquete antes de arrojarlo al cesto de basura, un tacho de chapa despintada colocado en un rincón del local.

Nico se comprometió a no revelar el contenido de la charla a nadie ni a consignar sus datos personales en su trabajo de investigación y se marchó del bar mareado y nauseabundo, y rogó que el aire frío que comenzaba a rociar la calle lo despabilara. Y en ese estado se subió al auto y condujo hasta San Ramiro en una noche oscura, cerrada y con poco tránsito.

## XI

Los rayos del sol reverberaban en los chorros de agua de la fuente de la plaza que dibujaban arcos en el aire con aroma a vida marina. “De noche es un espectáculo más lindo gracias a los reflectores subacuáticos”, le dijo Ignacio García Méndez –más conocido como “Nacho García” o simplemente “Nacho”- a Nico mientras ambos caminaban por un claro en la vereda de baldosas de hormigón ubicada en una recta, entre dos hileras de ligustros disciplinadamente cortados y que brindaban al espacio una configuración lineal perfecta.

La Plaza del Marinero se situaba cerca del puerto del Rosedal, en el Barrio Centro, y recientemente había sido restaurada en millones de pesos por el Gobierno de la Ciudad, enfrentado desde hacía muchos años con el Gobierno Nacional. “La presidente vive criticando al alcalde pero éste pareciera que es el único que hace obras públicas. Esta plaza antes era un desastre y mirá ahora: parece una maqueta, nada roto, todo limpio, impecable”, indicó Nacho, quien iba a la derecha de Nico y llevando su *mountain bike* del manubrio.

Nico miró a su alrededor y admiró los bosques de fresnos que se dividían en grupos de acuerdo a su coloración: había dorados, blancos, verdes y negros; por lo que el paisaje era variado aunque todavía prevalecía, con sus últimas energías, la época en que las ramas quedaban prácticamente desnudas y los frutos planos y alargados de los árboles se dispersaban por todo el suelo como una manta. Y al otro lado de la calle, los rascacielos vidriados no dejaban ver la orilla del mar situado unas tres cuadras hacia el saliente.



Era sábado a la tarde y el clima soleado atraía a los paseantes que andaban en *rollers*, *skates* y bicicletas, o sencillamente utilizaban los espacios verdes y llanos para ir de picnic o jugar a la pelota.

-¿Vivís lejos de acá? –preguntó Nico una vez que ambos se sentaron en uno de los bancos de madera cuadrados distribuidos por los distintos sectores de la plaza y que al estar ubicados a una altura media del suelo servían para sentarse pero también como mesa. Por ello, era muy común ver a los grupos de jóvenes acomodados sobre el pasto y utilizando esa estructura construida con listones de roble y hierro fundido para depositar el termo, el paquete de galletitas, los sándwiches, las bebidas, etc.

-No mucho. En bici se hace rápido.

Nacho se había convertido en un aficionado al ciclismo durante los años que vivió en el extranjero donde se convirtió en habitante de una ciudad que a pesar de ser extremadamente cosmopolita su gente mantenía la costumbre de moverse de un lado a otro en bicicleta. Claro que este hábito ocurría sólo en primavera y verano ya que los otros seis meses del año quedaban cubiertos bajo metros de nieve y gélidas ráfagas de viento capaces de rasurar el rostro y obligar a las personas a caminar de espaldas a la corriente.

-Allá se disfrutaban mucho los parques y las plazas. Cuando llega la primavera es como una liberación y la gente pasa casi todo su tiempo libre en los espacios públicos porque vienen cansados de medio año de encierro.

-¿Para tanto?

-Sí. Hay días invernales en los que no se puede salir a la calle, literalmente – respondió Nacho, quien pedaleaba un promedio de 50 kilómetros diarios o al menos intentaba hacerlo.

Por ello, a Nico no le sorprendió ver altamente desarrollada la masa muscular de los cuádriceps de su interlocutor que resaltaba debajo del pantalón largo hasta la rodilla que éste vestía.

A simple vista resultaba evidente que Nacho era un atleta nato y cuidaba celosamente de su estado físico, lo que se reflejaba en la botella de agua mineral con bajo sodio que llevaba consigo permanentemente, además de detenerse a cada rato a estirar sus músculos del tren inferior para evitar contracturas y obtener un mejor rendimiento en su actividad. “Cada vez se me hace más difícil mantenerme en buenas condiciones. Estoy empezando a ponerme viejo”, se quejó, aunque su documento de identidad refutaba aquella sensación de longevidad prematura y hasta se veía bastante mejor que Nico, varios años menor que él.

Este tipo sí que no parece el ejecutivo de una multinacional petrolera con un MBA en Economía y Finanzas que realmente es, pensó Nico justo antes de comenzar a grabar la entrevista con su *tablet*, como lo hacía habitualmente. Pero al encenderla descubrió que tenía poca carga en la batería, por lo que no iba a poder cubrir toda la extensión de la charla. Entonces, sacó de su mochila un cuaderno y una birome azul para realizar anotaciones.

-Una de las tantas cosas que extrañé cuando viví afuera fueron las biromes –dijo Nacho al ver a Nico dibujando garabatos en una hoja para probar si había suficiente tinta y corría bien sobre el papel-. Allá no se consiguen en ningún lado. Son todas plumas.

El entrevistador sonrió y luego miró por unos instantes la birome que sostenía en su mano derecha.

-¡Qué raro! Porque es mentira que es un invento del Tercer Mundo –dijo Nico y le pasó la birome a Nacho, quien la tomó con sus dedos índice y pulgar derechos y la agito en el aire, como si hubiese recibido un regalo ansiado.

-¡Que lástima que ahora escribamos todo el tiempo en computadora! Aunque cada tanto tengo que firmar algún que otro documento –Nacho le devolvió la birome al entrevistador-. Las otras lapiceras tienen una tinta que no me gusta. Es más, me dan cierto temor.

-¿Por qué?

-Es un prejuicio, más bien una manía que tengo, respecto a que esa tinta es nociva para la piel.

-¿En serio? Sin ofender, pero a mí me parece muy poco probable.

-Admito que suena descabellado y no creo que esté científicamente comprobado sino se hubiera acabado el negocio mundial de las lapiceras, pero alguien de confianza me lo comentó una vez, hace mucho tiempo, y me quedó la idea fija. No lo puedo evitar.

-Mira vos.

-No es broma.

-Ya sé. Te creo.

-Una noche, no hace tanto, me quedé solo en la oficina y antes de irme hice una *razia* de lapiceras y las tiré a la basura, junto a los porta bolígrafos que estaban manchados con la tinta.

-Todos tenemos algún trastorno de ese tipo.

-Pero ese no es el único que tengo.

-¿Ah, no?

-No. También tengo complicaciones con los vasos y los cubiertos.

-....

-Por ejemplo, prefiero los vasos de vidrio hexagonales y si no consigo de esos, utilizó uno de plástico. Y los tenedores y cuchillos tienen que ser enteramente de teflón, nada de esos con mangos de madera o plástico.

“Obsesivo compulsivo”, escribió Nico en su cuaderno apoyado sobre su regazo y tapando la hoja con la mano izquierda para evitar que el entrevistado leyera esas dos palabras que podían llegar a ser malinterpretadas.

-Igualmente, esto no es un problema en mi casa, sino cuando salgo a comer afuera con alguna mujer o un amigo. Por eso, siempre trato de elegir lugares que me proporcionen esos vasos y cubiertos para no sentirme incómodo.

-¿Te genera angustia no poder controlar esas situaciones?

-Sí. Pero lo que más me molesta de mis *tocs* es el tiempo que me hacen perder. Fijate el caso de las puertas, con las que tengo otro problema, especialmente la de mi auto, que tengo que cerciorarme más de una vez si la dejé cerrada.

-Pero eso es muy común.

-Lo sé, pero por culpa de ello llegó siempre tarde a todas mis citas. Porque primero tengo que estacionar en paralelo al cordón de la vereda, nunca en diagonal. Y en ocasiones hasta camino varias cuadras y luego me obligo a regresar para asegurarme que lo cerré con llave y apagué las luces. Y me enoja muchísimo cuando ya estoy realmente atrasado y no me da el tiempo para volver hasta el auto.

-Entiendo.

-Para mí, esos trastornos son como una especie de ansiolítico. Pero... ¿sabés qué?

-¿Qué?

-Esos *tocs* pasan a un segundo plano cuando tengo alguna relación más o menos seria o a gusto con una mujer.

-Seguro que sí. ¿Y ahora cuál es tu estado?

-Soltero. Pero no siempre es así. De hecho, esta situación es algo nueva para mí.

Se podría decir que el primer amor de Nacho fue el “gran amor de su vida” y nació cuando él, ya recibido de la Universidad y con un trabajo efectivo en la petrolera, rondaba los 25 años y sobre sus hombros cargaba cierto cansancio por haber salido durante mucho tiempo de noche y con sus amigos y mantener relaciones casuales con distintas mujeres que le resultaban poco interesantes, aunque nunca se caracterizó por ser de esos hombres que consideraban a sus amantes como objetos sexuales y sólo captaban la superficialidad de las mismas. Y recién al conocer a Magalí, Nacho creyó encontrar a “la mina ideal”.

El encuentro ocurrió en un *alter office* en un bar de moda ubicado en pleno centro de la Capital Nacional. Apenas la vio Magalí, unos años menor que él, Nacho quedó cautivado. No sólo le parecía una joven hermosa sino que le atraía su personalidad, la cual se expresaba claramente a través de su forma de vestir y de hablar, y también de sus gestos y lenguaje corporal. “Esa mina tiene ángel”, le dijo al amigo que lo acompañaba en la barra aquella tarde-noche.

Por su parte, “Maga”, como la llamaban sus conocidos de confianza, no sólo tenía mucha “onda”, tal como los muchachos calificaban ese carisma especial de las mujeres con “ángel”; sino también un carácter sumamente volátil, propio de su juventud, y eso la llevaba a cambiar de decisiones bruscamente y sin previo aviso.

Apenas se conocieron, Nacho y Maga intercambiaron unos besos y sus números de teléfono celular, tras lo cual salieron un par de veces a tomar algo y al cine. La joven

se mostraba interesada en él pero esquivaba el momento de concretar el acto sexual. Y cuando advirtió que él se estaba encariñando con ella, de un día para el otro, lo llamó y le dijo que prefería no seguir saliendo con él.

En esa oportunidad, la chica no dio mayores explicaciones, sólo argumentó que ella tenía “una visión muy particular sobre el amor y las relaciones”, lo que llevó a Nacho a sospechar que Maga tenía otro hombre, aunque no había advertido ningún indicio al respecto en sus salidas anteriores.

Tras la ruptura, Nacho trató de olvidarse rápidamente de ella pero no pudo. Se deprimió e inició una pesquisa mental para detectar en qué había fallado. Repasó todos y cada uno de los momentos que había pasado con Maga y que aún guardaba frescos en su memoria, y si tenía un vago recuerdo puntual se esforzaba por tratar de recuperar hasta el más mínimo detalle del mismo. Así se pasó horas y horas pensando y analizando, recorriendo aquellos lugares en los que habían tomado algo, cenado o paseado. Hasta los sitios donde se habían besado a media luz y en privado. Se sorprendió de su capacidad para reconstruir esas experiencias al punto de sentir que las volvía a vivir con la diferencia, no menor, de que la ausencia física de su amante iba acompañada de una nostalgia y una melancolía infaltables y persistentes.

Su trabajo detectivesco arrojó el resultado que esperaba: él no tenía la culpa. No había sido un “pesado”, de esos tipos que llaman o mandan mensajes todo el tiempo o que insisten en tener una cita a pesar de que la mujer se muestre dubitativa. Tampoco había sido celoso ni excesivamente curioso de las relaciones anteriores de ella. Se había comportado como un perfecto caballero, invitándola siempre en cada salida, pasándola a buscar con su propio auto, abriéndole la puerta, tomándole el abrigo, corriéndole la silla. Le había dado todos los gustos pero sin ser un dominado, un sumiso, porque cuando tuvieron diferencias, él defendió su posición, siempre con respeto y buenos modales.

En cuanto al sexo, él avanzó siempre hasta donde ella se lo permitió y no se mostró molesto ni rechazado. En definitiva, todas las evidencias indicaban que la decisión de romper con la relación se había basado pura y exclusivamente en las razones propias de Maga.

Esa conclusión no hizo más que potenciar las ganas de Nacho de volver a estar con ella. Y comenzó a pensar que el “no” de ella quizás era un “sí” y que Maga, en realidad, esperaba que él luchara para retomar la relación. Y así lo hizo. Sin mostrarse desesperado ni necesitado retomó sus contactos con ellas a través de los mensajes por celular, las charlas privadas en las redes sociales –en las que ella se presentaba en su perfil como “La maga sin magia”- y algún ocasional llamado telefónico. Hasta que la joven le dijo que efectivamente estaba saliendo con otro hombre y que este otro era su último ex novio con el que se acababa de reconciliar.

Ante esa revelación, él le preguntó si cuando ellos dos habían estado juntos ella se encontraba separada de su novio y Maga dijo que sí, que de otra manera no hubiera salido con él. Pero también admitió que mientras estuvieron juntos, ella no había cerrado definitivamente el tema con su ex.

Nacho lo entendió y Maga se lo agradeció. También le aclaró ella que si la situación hubiera sido otra, la relación entre ambos se habría convertido en una más prolongada y seria ya que él realmente le gustaba.

Entonces, el joven no tuvo más remedio que dejar de contactarse con Maga a pesar de que se sentía cada vez más atraído a ella. Así se ubicó en una posición cada vez más desventajosa para él ya que, por un lado, debió reprimir sus deseos de estar con la mujer que seguía cautivándolo y, por el otro, no pudo estar con ninguna otra mujer porque la quería sólo a ella.

Nacho vivió solo y atormentado por un recuerdo con una fuerza avasalladora y desproporcionada en relación al corto tiempo que había compartido con Maga, hasta que un día, varios meses después de la ruptura, ella se comunicó con él, como si nada hubiese pasado. La primera reacción que él tuvo fue de suma alegría y la acompañó de otra conclusión inequívoca: el noviazgo de ella había terminado definitivamente, sin importar si se había debido a una decisión de Maga o de su ex novio.

A partir de entonces, el experto economista y la estudiante universitaria que saltaba de una carrera a otra se volvieron novios inseparables. Cuando no salieron ellos dos solos, fueron juntos a todas las reuniones familiares y de amigos, tanto de parte de él como de ella. Y en cada uno de esos encuentros no se despegaron más de unos segundos. Algunos testigos de esa situación afirmaron que les resultó incómodo verlos tan “pegados” ya que los novios hasta llegaron a sentarse en una misma silla, ella en el regazo de él.

Cada uno vivía con sus respectivos padres y hermanos, y en ese marco fue Nacho quien realizó casi todas las visitas al domicilio de Maga, convirtiéndose en un miembro más de la familia de ella, adorado por sus suegros y cuñados.

Parecía el novio perfecto, incluso Maga, quien no sufrió ningún problema que él no pudiese resolver o ayudarla a hacerlo. Ella no tuvo motivos para quejarse excepto cuando sintió el típico temor de que su noviazgo corría de volverse monótono y aburrido ante la falta de una crisis.

Así, durante un viaje de vacaciones con sus amigas, Maga engañó a Nacho con un muchacho que conocía una noche en un boliche y luego se lo confesó apenas se armó de valor. Quizás la joven buscó que eso le diese un giro a su noviazgo o que directamente concluyera, pero eso no ocurrió, porque él la perdonó y tras un par de



semanas inestables, en las que trató de sanar sus heridas, volvió a ser el mismo novio de siempre pero ella no.

Los amigos de Nacho no pudieron entender como éste había decidido cargar con todo el peso de una relación en la que ella comenzó a demostrar cada vez menos interés en hacerla funcionar. Maga se volvió distante e independiente, cargó su agenda de actividades para ella sola o con sus amigas. Cambió de trabajo y, otra vez, se pasó a otra carrera universitaria.

Nacho advirtió el empeoramiento de la situación empeoraba y su respuesta fue procurar no recriminarle mayor atención. Jamás se quejó por el tiempo que Maga no le dedicó a él y sí a sus amigas o sus compañeros de trabajo o de estudio. Y el joven se refugió sin más remedio en sus otrora cómplices en la nocturnidad, también inmersos en sus propias relaciones amorosas y todas las complejidades que las mismas traían aparejadas.

De nuevo se sintió solo y atormentado ante un desenlace inevitable. En una maniobra desesperada, quizás la única de su parte, Nacho puso a su novia a prueba y le propuso que se fueran a vivir juntos a un departamento alquilado, lejos de sus respectivas familias y cerca de sus lugares de trabajo y estudio, en El Rosedal.

El argumento de él fue sencillo: ya que ella tenía poco tiempo a raíz de sus compromisos laborales y universitarios, viviendo juntos iban a poder aprovechar mejor los momentos libres para estar juntos.

Pero ella le dijo que no era el mejor momento para convivir y Nacho, quien ya había alquilado el departamento como una sorpresa de cumpleaños para su novia, se fue a vivir solo con la esperanza de que después de que Maga pasase un tiempo en aquel lugar se sentiría atraída por el mismo y finalmente accedería a vivir con él.

No fueron más que un par de noches las que Maga pasó en el departamento de Nacho hasta que un día decidió dar por terminada la relación, definitivamente. Ella lo hizo un atardecer en el que él la había invitado a su nido vacío para luego ir a una muestra de pintura en un museo cercano. “Si querés vamos, pero primero quiero decirte algo”, fue el preámbulo de la muchacha.

A diferencia de la primera vez que ella le había cortado, esta vez, Nacho quiso saber si había otro hombre de por medio y Maga lo negó rotundamente. Sin dar mayores explicaciones se centró en que el punto no era ése, sino que ya no sentía por él lo mismo que antes y que atravesaba una etapa en su vida en la que no quería estar con nadie más que con ella misma.

Así, el mundo de Nacho se derrumbó de inmediato y por completo, desde la cima hasta los cimientos.

-Por más que te avisen, cuando te golpean duro, duele igual -explicó el entrevistado.

-¿Cuánto tiempo duró el noviazgo? -preguntó Nico haciendo una pausa en la grabación.

-Casi un año.

-Suponía que había sido más tiempo.

Suposiciones, pensó Nacho, si hay algo que nunca falta son las suposiciones.

-Yo supuse tantas cosas -retomó el entrevistado, algo resignado.

-¿Cómo cuáles?

-Y... la primera, por ejemplo, que dado los antecedentes de Maga, ella me mintió y en realidad ya tenía otro hombre.

-Ajá.

-Pero también suponía que ella no era capaz de tolerar, nuevamente, cargar con una culpa semejante.

-Entiendo.

-De todos modos, y más allá de cualquier suposición, yo estaba seguro de una cosa –Nacho hizo una pausa y miró fijamente a Nico-: Maga había terminado su relación conmigo para empezar otra, sean con o sin engaño.

-¿Eso fue lo que ocurrió después?

-Dicho y hecho –Nacho agitó el dedo índice en el aire, a la altura de su cabeza-. Al poco tiempo, un amigo contó que había ido a la fiesta de cumpleaños del hermano mayor de Maga y que la vio a ésta con un compañero de trabajo.

-Uh.

-Ahí exploté de bronca y no me pude contener. Entonces fue a verla a Maga a su casa y le pedí que me dijera si me había engañado con aquel compañero de trabajo pero ella se negó a responderme porque consideraba que yo no tenía ningún derecho a exigirle absolutamente nada, que me estaba desubicando.

La desubicada era ella, evaluó Nico en silencio.

-Según ella –continuó el entrevistado-, yo no estaba respetando el acuerdo que supuestamente habíamos hecho cuando cortamos.

-¿Qué acuerdo?

-De seguir siendo amigos, de poder mantenernos en contacto, pero respetando los tiempos, espacios e intimidades de cada uno.

-¿Y qué sentiste después de ese episodio?

-Más bronca todavía porque no podía entender la postura de ella. Y también impotencia porque sin esa respuesta no iba a poder olvidarla y seguir adelante -Nacho

bebió de su botella de agua-. Ya no me importaba si me había engañado o no pero necesitaba sacarme la duda para cerrar esa etapa de mi vida.

-Pero no te dio una respuesta.

-No. Y así no pude dejar de pensar todo el tiempo en ese tema.

Tras la conclusión de su noviazgo con Maga, Nacho volvió a vivir con sus padres para sentirse más contenido y, al mismo tiempo, estar más cerca de ella ya que ambas familias vivían a pocas cuadras de distancia en el distrito rocanegrense del Naranjo. De esta manera, en cada evento social en común, él aprovechó para tratar de convencerla para retomar la relación. Pero ella se mantuvo firme en su negativa y cuando su compañero de trabajo se convirtió en su novio formal le pidió a su ex que ni siquiera le volviese hablar porque no quería tener problemas con su nueva pareja.

Nacho no tuvo más remedio que respetar esa decisión y sin margen de maniobra debió aceptar que la situación con Maga era irreversible. Así, sus salidas nocturnas se volvieron cada vez más frecuentes y, sobre todo, dramáticas, ya que terminaban con él borracho, vomitando hasta las lágrimas en el baño de un bar, en la barra de un boliche o al costado de un auto.

Llevó sus penas a toda hora y lugar, y sus amigos hicieron un gran esfuerzo para ayudarlo a pesar de que ellos también tuvieron que atender sus propios asuntos personales. El dolor de Nacho se hizo presente hasta en los partidos de fútbol de los sábados en el club y ni siquiera el hecho de que su equipo se consagró campeón por primera vez en la historia pudo menguarlo.

En la oficina de su trabajo ocurrió algo similar ya que su carrera siguió en ascenso, lo que elevó su status social, a través del cual conoció mujeres bellas,

inteligentes y sofisticadas que en otra época no hubiera tenido oportunidad de hacerlo. Pero a los ojos de Nacho ninguna de ellas estuvo a la altura de Magalí.

Y al verse atrapado en ese callejón sin salida, vivir en el mismo barrio que su ex no lo ayudaba a salir, todo lo contrario; y trabajar en la Capital, al igual que ella, tampoco. Para colmos de males, uno de sus compañeros del equipo de fútbol entabló un noviazgo con la hermana menor de Maga y la chica comenzó a ir a ver todos los partidos.

Después de unos meses de martirio absoluto, Nacho decidió tomar una medida drástica para torcer definitivamente el rumbo de su vida y aceptó un cargo en la casa matriz de la petrolera, en el extranjero. De un día para el otro, el joven se fue a vivir a otro país, lejos de todo lo que le resultaba conocido, para trabajar en la misma empresa que lo había visto crecer como economista.

-¿Y cómo fue vivir en el exterior? -Nico retomó la grabación de la entrevista sin desatender las anotaciones en su cuaderno ya que la *tablet* iba a quedarse sin batería de un momento a otro.

-Y... al principio fue muy duro. Sobre todo porque fue la primera vez en la vida que estuve solo de verdad.

-Me imagino.

-Por suerte, en el trabajo me comenzó a ir muy bien, tanto en lo económico como en lo profesional, y pude viajar por todo el mundo, a cada país en los que la empresa tenía una filial. Así que eso me mantuvo bastante entretenido.

-Claro.

-Pero la vida allá no es como acá. Afuera, las únicas reuniones sociales son en lugares públicos, como bares y restaurantes, nunca en la casa de algún conocido o compañero de trabajo. Entonces es muy difícil romper el hielo y entablar una amistad.

-Como que las personas están siempre manteniendo cierta distancia, ¿no?

-Tal cual. Y a eso hay que sumarle el maltrato hacia los extranjeros y la gente de color.

-¿Ah, sí?

-Sí. Para los blancos, los negros siempre van a ser inferiores. No importa cuanta plata o poder tengan.

-¿Y cómo te adaptaste a esa situación social?

-Mirá, por suerte, en el edificio donde vivía conocí a un par de extranjeros como yo, con estilos de vida parecidos al nuestro, y pasé gran parte del tiempo con ellos.

-¿Salían a comer, a tomar algo...?

-Y sí. Allá está todo armado para que tu tiempo libre lo pases consumiendo. Todo, absolutamente todo, se puede pagar con tarjeta, sin recargo y con una tasa de interés mínima. Nadie anda con efectivo.

-Como pretenden hacer acá.

-Sí, pero allá es una situación distinta porque hay más gente a la que le va realmente bien y que puede acceder a otro tipo de consumo, el que moviliza la producción.

-Y acá, ese consumo productivo es sólo un privilegio para unos pocos que concentran casi todo el poder adquisitivo.

-Algo parecido. Por ejemplo, allá no hay nada subsidios, hay productos o servicios más o menos caros pero eso sí, lo que cuesta vale, eh. Vos pagás un precio, que en muchos casos puede resultar alto, pero obtenés una retribución acorde a esa cifra y que satisface tus necesidades.

-Entiendo.

-Fijate el caso del transporte público: allá, la tarifa es cara pero el servicio es excelente. Acá, cualquier pasaje es barato ya que está subsidiado, o sea que al Estado le cuesta muchísimo, pero la empresa concesionaria te brinda un servicio deficiente ya sea porque la plata se pierde en una cadena de dirigentes corruptos, por falta de inversión o por una mala infraestructura.

-Es así.

-Entonces, lo que se ahorra el pasajero en el precio del boleto lo pierde en calidad, tiempo, estrés, etc.

-Ajá.

-Por eso, allá, la gente es feliz cuando consume cualquier cosa, por más que no lo demuestren y lo hagan de manera casi automática –Nacho se encogió de hombros.

-¿Extrañas esa vida?

-Lo que más extraño es ver como se vestían las mujeres de la ciudad. A plena luz del día, mientras iban de una oficina a otra, parecía que desfilaban o que estaban preparadas para una fiesta de gala. Increíble.

-¡Qué bueno!

-Además, no sé si era una cuestión genética pero eran todas rubias, altas y flacas.

-¡Hermosas!

-Muy. Y todos los autos que andan por la calle son nuevos. Además, los bancos te prestan toda la plata que quieras, eso sí, nunca le quedas debiendo ni un centavo porque vas preso.

-Igual que acá –bromeó Nico-. Pero exceptuando a las mujeres, los autos y la plata fácil –el entrevistador volvió a adoptar un tono serio-, ¿qué extrañas? O mejor dicho, ¿cuál sería una buena razón para volver?

-Eso es muy difícil de precisarlo. Cuando estaba allá quería volverme a mi país. Y ahora que estoy acá me gustaría regresar al exterior.

-Suele ocurrir cuando hay que tomar decisiones importantes.

-Que se yo... -se lamentó Nacho y luego alzó la vista en dirección a los enormes bollos de algodón que comenzaban a surcar el cielo y desde lo alto a teñir el campo de batalla con una sombría tropa de lunares deformados-. Creo que los motivos para volver acá siempre los tuve claros. Los otros todavía los estoy tratando de entender.

Nacho siempre tuvo raíces profundas y fuertes que mientras estuvo viviendo en el extranjero lo llevaron a regresar cada vez que pudo, como los fines de semana largos, las Fiestas y las vacaciones. Y en una Navidad, el economista se encontró con Maga en un boliche y ella le contó que ya no estaba más de novia porque la habían engañado. Ella le dijo que ahora entendía como él se había sentido y se disculpó por no haberle dado en su momento una respuesta honesta. Todo vuelve, pensó él, liberado, tras lo cual, pasaron la noche juntos.

Días después ese apasionado reencuentro, durante el casamiento de la hermana de Maga con el compañero del equipo de fútbol de Nacho, éste, algo alcoholizado, le propuso a su ex intentarlo de nuevo pero ella le dijo que la distancia iba a ser un problema sin solución, a lo que la invitó a irse a vivir con él al exterior. “¡Estás loco!”, respondió Maga sorprendida y argumentó que no estaba en condiciones de afrontar un cambio tan drástico en su vida e irse lejos de un día para otro, a pesar de que ya había terminado de estudiar y renunciado a su viejo trabajo, por lo que tenía menos compromisos que la atasen a su ciudad.



Nacho le dijo que lo pensara bien antes de arribar a una respuesta definitiva pero la joven finalmente rechazó la oferta, lo que él con el correr de los días, y una vez de regreso al exterior, consideró una decisión sensata.

-¡Cómo son las mujeres, eh! –exclamó Nico casi a los gritos al ver que Nacho aprovechaba un intervalo en la entrevista para dirigirse al trote hasta la fuente y cargar su botella con agua de una canilla que funcionaba junto a una de las estatuas de cemento blanco que decoraban aquel monumento constituido por varias siluetas de marineros.

-Tremendas: si no pueden tener un hombre no van a permitir que lo tenga otro – asintió el entrevistado al volverse a sentar junto a Nico, con su botella llena.

-¿Hubo algo más con Maga o quedó todo ahí? –se interesó el entrevistador.

-Por distintos motivos yo empecé a venir más seguido al país y cada vez me que lo hacía acordábamos una cita con Maga.

-Mirá vos.

-De hecho, nuestro círculo íntimo comenzó a sospechar que habíamos vuelto a ser una pareja pero nada que ver. Ni siquiera hablábamos del tema –Nacho bebió un sorbo de agua para aclarar la garganta-. Sólo queríamos pasarla lo mejor posible.

Puro sexo, pensó Nico sonriendo, a lo que Nacho le guiñó un ojo con complicidad. El entrevistado no era de esos hombres que brindaban detalles íntimos, por lo que jamás hubiese comentado que en sus últimos coitos con Maga, ésta se había vuelto más osada al punto que se dejaba penetrar por el ano, algo que nunca había permitido cuando estuvieron de novios. Tampoco utilizaron métodos anticonceptivos, a raíz de lo cual, la joven tuvo que recurrir a un par de pastillas “del día después”.

Estos incidentes generaron cierto temor en Nacho, quien, de a poco, tomó distancia de distancia de Maga y en sus últimas visitas al país directamente no aceptó las invitaciones de ella.

También influyó en esa postura de Nacho la aparición en su vida de otra mujer que conoció en el exterior: una compatriota proveniente de una familia de clase alta del Rosedal y que nunca había visitado El Naranjo. Ni siquiera sabía donde quedaba ese distrito. Esta chica, morocha y aún más joven y bella que Maga, había estado un año viajando por el mundo hasta que se instaló en la misma ciudad que él donde consiguió un trabajo como fotógrafa *free lance* que le permitió recuperar parte del dinero invertido hasta el momento, el cual había sido un regalo de sus padres.

Después de casi tres años, Nacho volvió a sentirse verdaderamente enamorado a pesar de que su nueva novia le aclaró desde un principio que no quería ningún compromiso a largo plazo. Pero por más que se resistió, ella misma también se enamoró de él, quizás empujada porque no tenía a ningún otro conocido para sentirse acompañada y así evitar sufrir la distancia que la separaba de su familia, sus amigos y su hogar.

La fotógrafa se mudó al departamento de Nacho y la relación tomó un impulso inmejorable. Sin embargo, el noviazgo parecía tener fecha de vencimiento porque ella había decidido volver a su casa para terminar sus estudios universitarios. Entonces Nacho le propuso que mientras ella concluyera su carrera –le quedaba un cuatrimestre de cursada y algunos finales-, él realizaría los trámites para volver trabajar en El Rosedal y así estarían juntos nuevamente. La joven accedió y ambos salieron a cazar sus objetivos.

La primera en volver fue ella, que apenas pisó su casa descubrió que su madre estaba enferma de cáncer, por lo que pasó la mayor parte de su tiempo cuidándola y acompañándola al médico y a los distintos tratamientos.

Mientras tanto, Nacho negociaba su vuelta pero tratando de no resignar lo que había logrado en el exterior. Si bien sabía que no iba a poder cobrar el mismo sueldo en su país pretendía al menos ocupar un puesto de una jerarquía similar.

Al cabo de varios meses de arduas negociaciones, el joven se volvió cediendo parte de sus pretensiones. Extrañaba su casa, su familia, sus amigos y también a la fotógrafa que vivía mortificada ya que el estado de salud de su madre empeoró día tras día, como en una lenta agonía.

Nacho se apuró en el volver y hacerlo, casi cuatro años después de haber partido, alquiló un nuevo departamento en El Rosedal y su novia se mudó con él. Pero al poco tiempo de la pareja inició la convivencia, la madre de la chica murió y la fotógrafa entró en una grave crisis personal. Se dejó llevar por el impulso de abandonar todo y se fue a vivir sola a *Monteduro*, en el interior del país, donde se instaló en una comunidad naturista que subsistía de lo que producían en sus huertas orgánicas y hasta se cambió el nombre por uno típico de los pueblos originarios.

-¿No fuiste tras ella? –preguntó insistió Nico dejando aflorar su lado romántico, algo en desuso por aquellos días pero siempre latente y dispuesto a salir a escena cuando resultaba apropiado o simplemente cuando él sentía la necesidad de expresarse de ese modo, aunque sea para no olvidar cómo era en el fondo, su esencia.

-Lo intenté pero ella no quiso ver a nadie.

Nico asintió con un ligero movimiento de su cabeza al tiempo que recordaba su estadía de principios de año en *Monteduro*. ¡Qué chico es el mundo!, pensó, pero después no se animó a contarle a Nacho sobre la fotógrafa que él había conocido en aquel viaje.

-Esta vez no insistí como lo había hecho con Maga. Se ve que aprendí la lección –indicó Nacho.

-Hay ciertas transformaciones que a uno lo hacen crecer de golpe.

-Absolutamente –Nacho extendió su brazo hacia la posición de Nico-. Hubo muchos cambios juntos en mi vida. Hasta el equipo de fútbol se llenó de caras nuevas y jóvenes al punto que ya no me pareció el mismo de antes. Y lo mismo sentí con nuestro país en general.

-¿El trabajo también cambió?

-Sí, sí. Porque el negocio de la filial local fue cada vez menos rentable ya que aumentaron considerablemente los costos fijos de la materia prima y los insumos importados se los cobraron en moneda extranjera pero a un tipo de cambio informal, sensiblemente superior al oficial.

-Ajá.

-Mientras que en el mercado local colocaron un tope para vender los productos elaborados al tipo de cambio oficial con el objetivo de contener la inflación, mantener alta la demanda interna y fomentar una competencia pareja con las empresas nacionales.

-Me acuerdo de esa Ley –asintió Nico-. Cuando la sancionaron se armó flor de polémica en el Congreso.

-Es que era una imposición muy estricta que ahogó el negocio de muchas empresas, y para la que yo trabajaba no tuvo más remedio que comenzar a vender sus activos con el objetivo de cerrar sus oficinas en el país.

-¿Y cerraron?

-Sí, a los pocos meses de iniciado este proceso bajaron la persiana y se fueron a otro país con un mercado más competitivo.

-¡Qué cagada!

-Fue duro y a mi me golpeó porque tenía toda mi vida organizada alrededor de ese trabajo. Pensé que yo me fui por una mina, volví por otra, resigné mi puesto y terminé quedándome sin nada.

-¿Pero tan mala era la situación de la empresa? Digo, era una firma reconocida mundialmente, con una larga trayectoria.

-El problema más grave fue que la empresa se enfrentó con un Gobierno que, en realidad, no buscaba mejorar la producción local, sino perjudicar a los competidores directos de la petrolera estatal.

-Es que la re-estatización de la petrolera fue una de las banderas de este Gobierno y había que hacerla flamear a toda costa.

-Totalmente. Y a eso se sumó la presión de los sindicatos amparados por funcionarios gubernamentales que los autorizaban a aumentar descontroladamente los sueldos con tal de que no hicieran huelgas y piquetes. Y así, con esa política salarial, los costos se fueron a las nubes.

-Claro.

-Y a pesar de todo eso, la empresa no perdió plata, a lo sumo, ganó menos.

-¿Y por qué se fueron entonces?

-Porque el directorio se cansó del maltrato, de que todos los días le aplicaran una nueva norma o restricción que contradecía la anterior. Eso te quita seguridad y certeza, y hace imposible proyectar un negocio. Ninguna compañía, internacional o no, puede sostenerse en el tiempo en un marco así. Es imposible.

-Son las reglas del capitalismo.

-Exactamente. Y ante una situación económica y financiera...

-Y política... -intercedió Nico, a lo que Nacho asintió inclinando la cabeza.

-Como la que se vive actualmente en el país, los empresarios prefieren cerrar una filial e invertir la plata en otra parte del mundo donde pueden ganar más. Es muy sencillo.

-¿Pero no es cierto que cada vez encuentran más pozos de petróleo y reservas subterráneas de gas, especialmente en el sur?

-Sí, es cierto. Pero explotar esos pozos cuesta muchísimo dinero y es un negocio a largo plazo. Y en este país, con la incertidumbre que hay, nadie se quiere arriesgar.

-Pero el que no arriesga no gana.

-Claro –Nacho sonrió con ironía-. Pero, ¿qué harías vos si fueras el CEO de una petrolera privada, y no tiene que ser necesariamente extranjera, que invierte miles de millones y empieza a hacer una fortuna, y después el Gobierno te saca la concesión o directamente te expropia para quedarse con esas ganancias?

-Entiendo.

-Es más, yo no culpo a los empresarios por no arriesgarse a invertir. Suficiente con lo que ya tienen que aguantar ahora.

-O sea, ¿la posibilidad de que tu empresa dejara el país nunca fue un plan descabellado?

-Para nada. Yo creí que se iban a ir mucho antes. Pero bueno, la esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

-¿Y ahora estás trabajando?

-No. Por ahora sigo viviendo de mis ahorros y de las rentas que me proporcionan dos departamentos que compré cuando vivía afuera y que los tengo alquilados. Igualmente, mi intención es conseguir un trabajo nuevo, no tanto por la plata, sino para sentirme más útil.

-Me imagino.

-De todos modos, este último tiempo libre me sirvió para pensar bastante y me di cuenta de algo.

-¿De qué?

-Que no tiene sentido ser feliz si uno no es consciente de cuándo lo es.

-¿Por qué lo decís?

-Porque la felicidad suele ser tan pero tan breve, casi efímera, que si uno no la disfruta en vivo y en directo, como los partidos de fútbol, la pierde enseguida, sin darse cuenta de que la tuvo siquiera. Y así, lo único que te queda es una profunda nostalgia.

-Y cierta frustración por no haber aprovechado el momento indicado, ¿no?

-Creo que esa es la peor parte.

-¿Tenés algún arrepentimiento?

-¡Uf! -expresó Nacho agitando su mano derecha en el aire.

-A ver... ¿cómo cuáles?

-Haber puesto el trabajo en un pedestal, como me decía siempre uno de mis mejores amigos que cada vez que hablábamos y yo le decía que me sentía mal porque extrañaba me pedía que dejara de sufrir y volviera sin importar si la empresa me iba a cuidar el puesto o el sueldo.

-Ajá.

-Tendría que haber vuelto antes, cuando otras empresas importantes de acá me ofrecieron buenos trabajos. Pero yo los rechacé porque no eran como el que tenía allá o porque consideraba que no era el momento oportuno.

-Pero vos no podías anticipar lo que iba a pasar con tu empresa.

-No, pero si mi plan a largo plazo era volver al país, no radicarme en el exterior, no tendría que haberme encaprichado tanto con conservar un puesto de trabajo en particular.

-Puede ser. Pero debió ser difícil estar en tu posición y decidir al respecto. No cualquiera lo logra.

-¡¿Qué logré?! –Nacho se irritó y juntó los dedos de su mano haciendo montoncito-. Ahora me quedé sin el pan y sin la torta. Siento que perdí todo, por más que no sea así.

-No seas tan duro con vos mismo. La experiencia de haber trabajado y vivido en el exterior, tanto a nivel personal como profesional, no te la quita nadie. Y ése ya es un gran logro con el que la mayoría de tus colegas, y conozco a muchos amigos que son de tu mismo rubro, sólo pueden soñar.

-Lo sé, lo sé. Tengo que ser más agradecido y disfrutar de todo lo bueno que viví y no hacerme tanto problema por lo malo.

-Esa es una buena idea.

-Yo sé que con mi currículum voy a conseguir otro trabajo bueno, pero lo que más me sigue doliendo es que las personas en las que más confié durante tanto tiempo me terminaron defraudando.

-Bueno, pero ahora estás de nuevo acá, en tu país. Calculo que te va a resultar todo más fácil.

-Mirá... -el entrevistado se puso de pie, colocó ambas manos en la espalda, a la altura de su cintura y empujó la pelvis hacia adelante hasta hacer crujir los huesos-. Otra de las cosas que me di cuenta últimamente es que lo peor no es irte sino volver, porque cuando estás afuera, en la cabeza tenés un recuerdo de lo que dejaste acá pero cuando volvés, la realidad es muy diferente a esa idea que te acompañó durante tanto tiempo.

Nacho caminó unos pasos alrededor del banco en el que se celebraba la entrevista y que comenzaba a quedar bajo las sombras de los fresnos que anticipaban la puesta del sol y la llegada del anochecer. A varios metros de donde se encontraban, los



faroles se encendían tímidamente y los paseantes iniciaban la retirada dejando claros cada vez más grandes en el parque que padecía el descuido y falta de respeto de los visitantes que abandonaban las basuras tiradas en el pasto, en vez de en los cestos. Ciertamente era que estos últimos no resultaban suficientes para acumular tantos residuos pero la desidia de la gente los superaba no sólo en cantidad sino también en intensidad.

¿Cómo van a hacer para limpiar todo esto?, se preguntó Nico, quien advertía que se le estaba haciendo tarde y todavía no habían tocado el tema del incidente en el río, por lo que decidió no dar demasiados rodeos e ir directo al grano antes de que el entrevistado se le escabullera.

-Volviendo al tema de tu realidad reciente acá, en el país, ¿qué me podrías contar sobre lo que te pasó en el Miti-Miti? –retomó el entrevistador como si estuviese pidiendo permiso para no generar demasiadas molestias en un interlocutor visiblemente sensible y frágil.

El rostro barbado de Nacho se ensombreció de repente aunque las nubes blancas seguían altas y dispersas, dejando el suficiente espacio para ver las primeras estrellas de la velada. Luego se sentó nuevamente junto a Nico y mirándolo con una expresión de abatimiento le respondió:

-Puedo hablarte de otras cuestiones íntimas conflictivas, si querés. Como de las noches que pasé solo y lejos de todo lo que quería, llorando como una nena; de todas las veces que no se me paró cuando estaba en la cama junto a una hermosa mujer, tipo modelo, y que no podía excitarme porque no sentía ningún cariño por ella; o de cada vez que me echaron de un boliche o bar porque estaba completamente borracho y al otro día no podía recordar qué había pasado. Ni todo eso junto me avergüenza tanto como lo que me estás preguntando.

-Te entiendo Nacho, pero si no lo hablás conmigo, lo vas a tener que hacer con un especialista, más temprano que tarde. Es muy importante y necesario que lo hagas.

Nico acabó de hablar y apoyó su mano en el hombro del entrevistado encorvado y con la vista clavada en el suelo.

-Lo sé. Pero no estoy listo todavía. La herida no cicatrizó del todo y no quiero que se vuelva a abrir.

-Comprendo perfectamente. Y es un sentimiento muy común en casos como el tuyo. Así que no te pongas mal por sentirte de esa manera.

Nacho se emocionó y derramó algunas lágrimas que se secó rápidamente con la manga de su buzo con capucha.

-Perdón que no te pueda hablar de eso ahora. Pero te prometo que en cuanto me sienta preparado para hacerlo vas a ser el primero en saberlo.

-No te preocupes por mí.

-No, en serio. Cuando llegue el momento te llamo y nos juntamos a charlar de nuevo, ¿te parece?

-En serio, no te hagas problemas. Para mí va a ser un verdadero placer poder ayudarte, cuando sea.

Nacho ahora miraba hacia delante y sonreía, al igual que su interlocutor.

-Gracias por ser tan comprensivo. Y espero no haberte hecho perder el tiempo.

-Al contrario –Nico extendió la mano para estrechar la de Nacho-. Fue muy útil nuestra entrevista y espero que te haya servido tanto como a mí.

El apretón de manos duró unos segundos, tras lo cual, Nacho se despidió, montó a su bicicleta y se perdió velozmente por la avenida inundada por las luces de los vehículos. Por su parte, Nico caminó hasta donde había estacionado el auto de su padre y en el trayecto por el parque se cruzó con decenas de empleados de limpieza del

gobierno de la ciudad que cargaban sobre sus hombros unas poderosas aspiradoras con forma de mochila y que contaban con gruesas y largas mangueras que retiraban del suelo todos los papeles de residuo que habían arrojado los paseantes.

A Nico le parecieron un ejército de robots ya que los trabajadores llevaban puestos unos uniformes color gris metalizado con gafas protectoras y cascos del mismo material. Se movían en hileras y avanzaban todos al mismo tiempo hasta que el sector por el que transitaban quedaba completamente limpio, como en una maqueta perfecta... “Con razón”, se dijo Nico antes de abordar su auto.

## XII

Nico se sentó en el asiento del conductor y apenas puso en marcha el auto encendió el estéreo. Y casi al mismo tiempo que comenzaron a sonar los acordes de una guitarra eléctrica oyó el *ringtone* que avisaba que un mensaje instantáneo acaba de entrar a su *smartphone*. Sacó el aparato del bolsillo de su pantalón de jean y descubrió que era la mesera: “Trae un cuarto de helado, porfis.”

“¿No está un poco fresco para helado?”, preguntó él por la misma vía ya que la chica seguía en línea. “Sí, pero tengo ganas de comer algo dulce después de cenar”, indicó ella. “Para dulce me tenés a mí, ¡jaja!”, bromeó Nico, a lo que la mesera respondió: “Ya lo sé, bebé. Pero vos sabés que siempre quiero un poco más.”

Me parece que esta mina está prendida fuego, se dijo Nico mientras bajaba el volumen de la música que copaba una cabina ya abrumada por el sonido del motor encendido. “¿Y qué gustos querés?”, le preguntó a la chica. “Cualquiera. Elegí vos”, recibió como respuesta. “¿Cómo cualquiera? Si no es para mí”, insistió él. “Es para los dos, lindo”, explicó ella.

¡Ah, bueno! Ya me imagino lo que esta quiere hacer, evaluó Nico, excitado. “OK. Ya estoy saliendo para allá”, escribió y luego apoyó su teléfono móvil sobre el asiento del acompañante. “Te espero. Besote”, concluyó ella una vez que el conductor ya transitaba rápidamente hacia las afueras de la Capital, en dirección al departamento de la mesera. Y en el camino, Nico pasó por una heladería y compró un cuarto de kilo de helado de banana *split*, el preferido de ella, y dulce de leche granizado, el que más le gustaba a él.

El dos ambientes de la joven estaba ubicado en pleno centro del Naranjo y había terminado de ser construido recientemente. De hecho, otras unidades del flamante

edificio todavía estaban en obra. Ella lo alquilaba gracias a que tenía un amigo que trabajaba en la inmobiliaria que había invertido en el pozo y si bien los propietarios preferían vender, el mercado atravesaba una feroz recesión y se concretaban cada vez menos operaciones de ese tipo.

La joven había decorado el departamento con una gran cantidad de adornos artesanales que colgaban de las paredes y plantas en masetas colocadas en cada rincón. Lindo, pero demasiado cargado para el gusto de Nico, cuya última morada alquilada en la capital rocanegrense se había parecido a una caja vacía, donde la única calidez la aportaba la madera del piso y los pocos muebles que tenía.

Después de cenar, ella se quedó lavando los platos mientras él se fue a recostar en la cama y se distrajo haciendo un poco de *zapping* por los canales de películas. Como no vio nada interesante, Nico sacó su *tablet* y se dedicó a continuar con su tesis aprovechando que la entrevista con Nacho le había dejado varias ideas dando vueltas por la cabeza.

Ante la inevitable comparación de los entrevistados, para Nico era evidente que la situación macroeconómica del país había influido en los últimos años de diferentes maneras, ya sea en la vida colectiva de las personas como en el plano individual de las mismas. Y esto lo llevó a reflexionar sobre su visión del escenario nacional y mundial, aunque su experiencia en el extranjero era mínima.

Recostado sobre las sábanas, algo incómodo porque había comido excesivamente durante la cena –la mesera había preparado milanesas con papas fritas, su plato preferido-, Nico redactaba frases e ideas desordenadas en su tableta. Por lo general, él primero escribía y después pensaba cómo darle utilidad y cohesión a lo que acababa de plasmar en la pantalla:

“Lo que más parece alterar a las personas hoy en día no es la macroeconomía en sí, sino la contradicción entre la propaganda que se desprende de la misma y la realidad de los hechos que postula, y esa contradicción es la que termina generando cierto auto desprecio en los individuos afectados.

“Se advierte un desajuste entre la ideología burguesa y la realidad que amenaza el sentido de libertad y la alegría de las personas, lo que, a su vez, deriva en actos hostiles y violentos.

“El placer es cada vez más valioso para el individuo masificado que busca permanentemente darse privilegios de acuerdo a como él se los imagina y transgredir cualquier prohibición para alcanzarlos, aunque muchas veces chocan contra la rigidez de su personalidad.”

Luego, Nico resaltó en mayúscula y negrita las palabras de Tito respecto de que había que “**HUMANIZAR EL CAPITALISMO**”, una tendencia que se estaba desarrollando en el resto del mundo pero no en el país, como reacción ante el malestar social generalizado. Y en ese sentido recordó las “correcciones al modelo” que, según aquel entrevistado, debían producirse. Por ejemplo, el denominado impuesto al sueldo que se cobraba en todos los países pero que acá era demasiado alto porque no se actualizaban el mínimo no imponible ni las escalas de manera anual y tomando como referencia la inflación real. También se refirió a lo ocurrido en las naciones más desarrolladas, donde sí existía un impuesto a la renta financiera con el que se recaudaba muchos más dinero que con las contribuciones de los asalariados en relación de dependencia y al consumo.

“Algunos dicen que la presión impositiva sobre el trabajador común llega a casi la mitad del sueldo, el doble que en el Primer Mundo, pero que si nos comparamos con los países desarrollados tenemos menos desempleo, menos pobreza, menos deuda

externa, más reservas y mayor superávit comercial”, escribió en otro párrafo, esta vez, todo en minúscula y sin negrita.

Seguidamente, Nico citó a Nacho cuando éste le comentó que si bien esos datos del país eran ciertos, las naciones primermundistas tenían “un PBI per cápita mucho más alto, mayores niveles de inversión y tasas de inflación e interés de un solo dígito”.

“De todos modos, más allá de los indicadores económicos, la gran diferencia con otros países, y no necesariamente los del Primer Mundo, es que allí promueven la buena educación para borrar cualquier tipo de división entre los que están a favor o no de un gobierno u otro. Así, promueven una cultura en la que sobresale la conciencia colectiva y nadie busca salvarse solo ya que apunta a que todos formen parte de un mismo equipo: la nación. En ese marco, los enemigos no son aquellos que piensan distinto y a quienes hay que imponerles ideas”, concluyó.

Al finalizar esos párrafos, cuando sus ojos ya se contorneaban de un tono rojizo que denotaba un excesivo cansancio, escuchó a la mesera decir: “¿Estás listo para el postre?”. El muchacho estaba más que satisfecho pero respondió afirmativamente, tras lo cual, ella apareció en la habitación con el pote de helado y una cucharita en la boca.

-¿No trajiste otra cuchara? –preguntó él, distraído.

-No hace falta. Esto es para compartir.

Entonces ella apoyó el pote plástico sobre la mesita de luz, se sacó la cucharita de la boca y lentamente desvistió a Nico, quien permaneció acostado, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. A medida que la chica retiraba una prenda del cuerpo de su amante también se sacaba una suya, por lo que en breve, ambos estuvieron completamente desnudos a la luz de la pantalla del televisor en el que Nico había dejado el canal de música para acompañar el momento.

Después de practicar un lento pero intenso sexo oral, con mucha lengua, ella tomó el helado y comenzó a verter cucharadas del mismo sobre el tieso pene de él que, con el primer contacto, se estremeció de frío. Pero lejos de afectar la erección, Nico se excitó aun más y disfrutó viendo como la mesera lamía el postre de su propio glande.

-Está rico el postre, ¿no? –sugirió el él con el aliento agitado y el torso un poco más erguido para poder alcanzar con la yema de sus dedos la vagina de ella, húmeda y caliente.

-Delicioso. ¿A vos te gusta?

-Me encanta.

Tras casi una decena de cucharadas, Nico dijo “ahora me toca mí” y recostó a ella boca arriba. Tomó el helado y la cucharita y encaró para la entrepierna.

-Abajo no, porque va a ser un enchastre. Mejor arriba –indicó ella, tras lo cual, el muchacho se dedicó a comer su postre desde la copa de sus senos con siliconas, la parte del cuerpo preferida de Nico, quien nunca antes había tenido amantes con pechos tan voluminosos.

La primera vez que se acostaron luego de una primera cita que comenzó en un restaurante, siguió en un bar y culminó en un hotel alojamiento, Nico llevaba varios meses sin tener relaciones sexuales, por lo que esa noche se despachó con cuatro coitos frenéticos. Uno en la posición misionera, el segundo con ella arriba, el tercero con la chica en cuatro y el restante, ya de mañana y después de un par de horas de sueño, de nuevo como los misioneros. Pero lo que más había disfrutado él de aquellos encuentros había sido el sexo oral, tanto el de ella como el de él, y, sobre todo, la masturbación que ella le había practicado con sus generosos senos.

Ahora, Nico sólo se conformaba con un coito duradero y de buena calidad, por lo que al acabar “el postre” lamió por un rato el clítoris de ella y la penetró con fuerza.



La pareja permaneció en esa posición, con la chica acostada y su amante arriba, durante varios minutos en los que él levantó ligeramente el muslo izquierdo de ella para poder introducir sus dedos en el ano de la chica y aumentar el goce. “¡Sí, sí! Por los dos lados”, gimió la mesera que rasguñaba la espalda de Nico.

Justo antes de llegar al clímax, la joven le pidió darse vuelta para poder “acabar mejor” y él accedió con gusto. La mesera se colocó en cuatro patas, con ambas manos contra la pared mientras él seguía con su pene dentro de la vagina de ella, con el pulgar de una mano en el orificio anal y con los dedos de la otra tocando los pezones duros de los pechos que se bamboleaban al compás de las exclamaciones de placer de ella.

Tras el orgasmo, Nico la colocó boca abajo, se sentó sobre ella y siguió penetrándola. Hasta que justo antes de acabar, sacó su pene, retiró el profiláctico y eyaculó sobre la cola.

-Chancho.

-¡Mirá quien habla! -retrucó él riendo-. Ahora te limpio, así te podés acostar.

Entonces, Nico fue hasta el baño, arrojó el preservativo y tomó un poco de papel higiénico con el que retiró su semen de la cintura y cola de la mesera. Y antes de dormirse miraron un poco de televisión, ella con su cabeza apoyada sobre el pecho de él.

Aquel lunes amaneció como un típico día de primavera, fresco, con cielo despejado y una temperatura máxima pronosticada en los 24 grados centígrados. Lauro había pasado todo el fin de semana sin salir de la posada, angustiado por el incidente del viernes anterior. Y si bien su omnipresencia dentro de *Nalón* había sido de gran ayuda para Margarita a la hora de atender a los huéspedes que pescaban en el río, esa mañana la mujer le había insistido en que saliera a cazar pejerreyes porque le haría bien. “No

sirve de nada que te quedes encerrado entre cuatro paredes. No seas *faltoso*, lo que pasó, pasó, y eso no lo cambia nada ni nadie”, le dijo la mujer apenas cantó el gallo y vislumbró por la ventana que sería una jornada soleada y agradable.

El matrimonio permaneció en la cama un largo rato y ella tuvo que codear a su esposo para que este se levantase de una buena vez. Vale más un mal día de pesca que uno bueno de trabajo, pensó Lauro mientras comenzó a vestirse a regañadientes. Por su parte, Margarita siguió durmiendo un poco más ya que los lunes la posada permanecía cerrada y, además, necesitaba descansar luego de tanto trabajo que había tenido sábado y domingo.

Más allá de que seguía durmiendo mal a raíz de los repetidos ahogos, y del bajón anímico que le había provocado el incidente de tres días antes, Lauro había recobrado cierto deseo de volver al río ya que el viernes anterior se había quedado con las ganas de pescar luego de un crudo invierno con casi nada de pica. Así que tras ser prácticamente echado de su dormitorio por su esposa, bajó a la cocina, desayunó rápido y se dirigió hasta el galpón a preparar su equipo para ir al Miti-Miti, mientras Zoé y Astur lo miraban atentos y hambrientos. Así que primero alimentó a sus perros y después comenzó a alistarse.

Las mojarras vivas o las “plateaditas” hubiesen sido la mejor carnada pero a esa hora el negocio de Fuentes estaba cerrado y no tenía intención de molestar a su viejo amigo en su casa, por lo que fue hasta el jardín a desenterrar algunas lombrices de tierra colorada que colocó en una lata de conserva, la que depositó junto a la popa de su querido *Margarita*, al que recientemente lo había acondicionado con nuevos y brillantes toletes de hierro. Se trataba de un bote usado, con tres asientos que se levantaban sobre un piso de doble fondo y que su dueño impulsaba con unos remos de 1,80. Además, era

fácil de transportar en el portaequipaje del auto ya que sólo pesaba unos 55 kilogramos y medía tres metros de eslora.

Reluciente, de punta en blanco y con su nombre pintado de negro, la embarcación, con capacidad máxima para cuatro personas, aunque siempre había sido utilizado por su propietario únicamente, fue colocada sin problemas sobre el techo del coche. Luego, el pescador revisó su caña telescópica de de 4,20 metros de largo y 8 de pulso con un *reel* frontal mediano que había quedado cargada con un nailon monofilamento de 0,28. Lauro siempre utilizaba una línea con tres boyas circulares que se podía usar casi en cualquier ámbito y un plomo de 60 gramos tipo almeja. Así, el pescador prefería hacer el lance pasando la zona de pica, en los bordes de los remolinos donde se hallaban los peces de mayor tamaño, y después retrotraer la línea suavemente y sin ruido hasta el lugar indicado. “La línea debe medir lo mismo que la distancia entre el puntero y el *reel*. Más larga es incómoda de manejar y más corta no se aprovecha completamente”, fue la indicación que siempre le había repetido su padre y que Lauro se encargaba de cumplirla al pie de la letra, al igual que la de nunca olvidarse de llevar el chaleco salvavidas colocado, sobre todo él, que nunca había aprendido a nadar, a pesar de haber pasado gran parte de su vida en el agua.

Durante los últimos dos días, Lauro no había visto televisión ni leído los diarios en procura de eliminar cualquier contacto con las noticias, pero esa mañana encendió la radio para escuchar el último parte meteorológico en la emisora local y no llevarse una sorpresa mientras navegaba el río. Sin embargo, en vez de enterarse cómo iban a ser las condiciones climáticas durante el resto del día oyó su nombre en una crónica policial que pretendía ser oscura y profunda pero resultaba un artículo sencillamente amarillo.

“Menos mal que le dije a ese periodista que no iba a hacer ningún comentario al respecto”, se quejó Lauro cuando el locutor leyó el artículo del matutino Primera Hora

sobre el suicidio de Blanca, la madre del profesor de Educación Física asesinado en Los Indios. Según la prensa, esta mujer se había arrojado a las aguas del *Miti-Miti* de donde un viejo pescador en bote la rescató pero no lo suficientemente a tiempo. Y bautizaba a aquel casi héroe como “el pescador de suicidas” de San Ramiro ya que en los últimos meses había salvado la vida de una serie de “almas desesperadas” que se habían arrojado al río para escapar de la “más grave crisis social, política, económica y de seguridad en la historia” el país.

Evidentemente, la noticia sobre su participación en el hecho y el historial de sus rescates se había filtrado a través de la Policía o algún vecino indiscreto, y ahora no iba a haber forma de detener las repercusiones de lo que los propios periodistas llamarían “el tema del día”.

El teléfono de la posada sonó una y otra vez, por lo que Margarita se levantó de la cama. Atendió y al escuchar que se trataba de un productor radial de Roca Negra Capital que pretendía entrevistar a su marido cortó y se dirigió hasta el galpón del fondo a buscar a Lauro. No lo encontró allí pero lo que más le llamó la atención fue que todo el equipo de pesca había quedado en el lugar, intacto y los dos ovejeros estaban atados junto a sus latones con comida y agua. Los perros aullaban, tristes. En tanto, el coche estaba guardado, con las llaves puestas y el bote, con la caña y el chaleco salvavidas dentro, en el portaequipaje. “¡Qué raro!”, se dijo la mujer y luego volvió a la casa donde encendió el televisor y reconoció en la pantalla de unos de los canales de noticias una toma en vivo y en directo del *Miti-Miti*. Los *movileros* ya estaban en San Ramiro y no iban a tardar en rodear la posada. Mientras tanto, el teléfono seguía sonando.

Lauro siempre se había rehusado a utilizar teléfono celular, ni siquiera sabía utilizar una computadora, por lo que su esposa no iba a poder localizarlo desde su

*smartphone*. Y si bien la mujer no era una apasionada de la tecnología, sí se valía de aquel aparato que le había regalado una amiga para poder atender más eficazmente sus tareas vinculadas al trabajo en la posada.

Sentada junto a la mesa de la cocina, Margarita no lograba controlar su extrema preocupación por el paradero de su marido y el constante sonido de las llamadas al teléfono no la dejaba pensar con claridad, así que directamente desconectó el aparato.

Por su parte, Nico salió de la ducha del baño con su pene todavía hinchado y mientras la mesera se vestía a los pies de la cama impregnada con los resabios de dos cuerpos desnudos, sudorosos y ardientes, encendió el televisor. Después de un rápido *zapping*, el joven dejó el canal de noticias, tal como lo hacía cada mañana, para tener un panorama de los principales temas del día ya que durante el resto de la jornada no solía siquiera ojear los diarios en la web.

Al ver en pantalla el mismo cuadro que había observado Margarita se vistió lo más rápido posible y marcó el número de teléfono de la posada, pero le dio ocupado una y otra vez. Siguió insistiendo y obtuvo el mismo resultado, así que decidió llamar al móvil de la esposa de Lauro.

-Pensé que había una especie de secreto médico-paciente –dijo la mujer apenas atendió a Nico.

-En nuestro caso no se aplica, Doña Margarita –aclaró él-, porque yo no le brindé tratamiento a su esposo. De todos modos, les juro que yo no fui quien dio a conocer la historia de Don Lauro.

-¿Entonces? ¿Quién fue?

-No lo sé.

-¿Y quién se va a hacer responsable de lo que le pueda suceder a mi esposo? –la voz de la mujer se entrecortó por el miedo y la desesperación.

-Por favor, Doña Margarita, no se ponga así.

-Es que esta situación nos supera. Ya era demasiado cuando él podía rescatar con vida a esas personas pero ahora, con la muerte de esta pobre señora y todo el periodismo encima nuestro...

-Me imagino.

-Y como si eso fuera poco, acaban de llamarme de la Comisión de Asistencia a la Víctima de la gobernación y en vez de ofrecernos ayuda me sugirieron que no divulguemos más información sobre las personas que salvó mi marido para no generar pánico en la sociedad y provocar una ola de suicidios.

-¡Que barbaridad! –exclamó Nico-. Pero quédese tranquila que mañana los periodistas seguramente se van a olvidar del tema y los dejarán tranquilos. Esa gente es así, se aburre rápidamente y busca a alguien nuevo para molestar.

-Eso espero. Porque en la puerta de la posada ya hay periodistas a *esgaya*.

-Seguro que sí.

-Igualmente, le agradezco Nicolás por su apoyo.

-De nada, Doña Margarita. ¿Y Don Lauro cómo está? ¿Podría hablar con él? Porque estoy llamándolo a la posada pero no me puedo comunicar. Me da todo el tiempo ocupado...

-Es que desconecté el teléfono porque los periodistas no paran de llamar.

-Claro, claro.

-Pero ese no es el problema.

-¿Y cuál es?

-No sé dónde está mi esposo.

-¿Cómo?! –gritó Nico sobresaltando a la mesera que preparaba el desayuno en la cocina y hasta ese momento se había aislado de la conversación de su amante, como si este no existiese.

-Se suponía que iba a ir a pescar pero dejó el bote y todo su equipo en el galpón.

-¿Y llamó a mi padre para preguntarle si Don Lauro pasó a verlo por la casa o el negocio?

-Sí, acabo de hablar con él pero tampoco sabe nada.

-Bueno, no se preocupe. Seguro que se fue a dar una vuelta para que no lo vean los periodistas. Ya va a aparecer.

-Eso espero, *guaje*. Porque después de lo que pasó el viernes tuvimos un fin de semana muy malo, ¿me entiende?

-Sí, sí. Pero eso ya pasó y él no tiene ninguna responsabilidad en el hecho, por el contrario.

-Eso es justamente lo que me cansé de repetirle.

-Doña Margarita, usted no se haga tanto problema y quédese en la posada a esperar que él vuelva.

-De acuerdo.

-Yo ya estoy saliendo para San Ramiro para darle una mano y charlar con Don Lauro, ¿le parece?

-Está bien. Lo espero.

Nico cortó la comunicación y se sentó junto a la mesera que ya había comenzado a desayunar sin su compañía. “Perdón, pero ya me tengo que ir”, se disculpó él y tras beber un sorbo del café con leche tomó un par de galletitas dulces para comer en el viaje y se marchó.

Tras abandonar el galpón del fondo de la posada, Lauro caminó por un camino de tierra que bordeaba el *Miti-Miti* río arriba, unos cinco kilómetros al norte del puente de la Ruta Uno. Allí, el cauce tenía una curva pronunciada y una mayor profundidad. De hecho, aquel recoveco lo llamaba “el giro borrascoso” porque el agua se arremolinaba y succionaba hacia el fondo cubierto de fango. La corriente se volvía muy turbia y era casi imposible divisar algo sumergido unos pocos metros más abajo de la línea de flote. Era un lugar poco concurrido, que sólo los paisanos conocían y donde no había mucha pica ya que los peces preferían ir a comer a una profundidad menor. Además, era un sitio peligroso, al punto que los chicos del pueblo tenían terminantemente prohibido acercarse allí solos.

La orilla en ese tramo del río estaba bastante más abajo que el camino rodeado de altos pastizales por el que se accedía al agua, por lo que Lauro se sentó sobre una alta roca cubierta de tierra que sobresalía de los juncos y se adentraba en la corriente.

Exhausto, el pescador cerró los ojos y el dolor de cabeza que lo atormentaba desde temprano le provocó un fuerte mareo. Miró una última vez hacia oriente, desde donde soplaba un pertinaz viento fresco y húmedo que salaba todo San Ramiro y a la distancia divisó un amontonamiento de personas y vehículos sobre el puente. Parecían hormigas y sintió un intenso deseo de poder pisarlas para que dejaran de arruinar su querido jardín. Pero ya no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Se resignó, volvió a cerrar los ojos y otro mareo seguido de un filoso zumbido en los oídos lo aturdió al punto de hacer desaparecer su equilibrio en el vacío.

La corriente comenzó a arrastrarlo violentamente de un lado al otro, golpeándolo con ramas que venían recorriendo el *Miti-Miti* desde el interior de Roca Negra, donde en los últimos días se habían producido fuertes tormentas. Envuelto en un manto de líquido denso y de color marrón que no le permitía bracear, Lauro estuvo cara a cara



con ese nadador incansable proveniente del mar como una flecha plateada, de boca protráctil y que lo miró con sus ojos circulares y negros por unos instantes. El pescador ya había pasado por esa situación una infinidad de veces estando en el río, a bordo de su bote o limpiando sus presas a punta de cuchillo, pero esta vez los roles parecían haberse intercambiado.

“¿Así se sentirán los peces cuando en sus últimos momentos de vida?”, se preguntó Lauro dolorido, agitado y casi sin aire, mientras que su acompañante de ocasión aleteó velozmente hasta perderse como un rayo en la oscuridad. Entonces, el pescador alcanzó a mirar su reloj pulsera y observó que la aguja corta señalaba el cuatro y la larga el tres. “Parece que nadie va a venir a ayudarme”, se dijo, abatido, justo antes de perder el conocimiento definitivamente.

Nico arribó a San Ramiro demasiado tarde cuando los volátiles periodistas abandonaban el pueblo sin haber podido concretar la entrevista que tanto habían buscado. Y al día siguiente ya no volvieron a molestar a Margarita. Recién regresaron varias semanas después cuando tomaron conocimiento de que Lauro estaba desaparecido y que, a su vez, la Policía acababa de hallar un cadáver con características físicas similares en la desembocadura del *Miti-Miti* en el *Mar Oscuro*.

*Buenos Aires, Marzo de 2014.*